LOS

# 6

# GRADOS DEL CRIMEN,

## y escalones del cadalso:

Ó SEA

**UNA LECCION TERRIBLE.**

DRAMA EN 6 ACTOS,

Que representan: 1º. *la ociosidad*, 2º. *la seduccion*, 3º. *el juego*, 4º. *el robo*, 5º. *el asesinato*, *y* 6º. *el cadalso.*

ESCRITO EN FRANCES

POR LOS SS. TEODORO N. Y BENJAMIN.

Arreglado al castellano

POR D. L. C.

Barcelona.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMP.

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

CON LICENCIA.

1832.

# LOS SEIS

## GRADOS DEL CRIMEN.

[357:3]

LOS

# 6

# GRADOS DEL CRIMEN,

## y escalones del cadalso:

Ó SEA

**UNA LECCION TERRIBLE.**

DRAMA EN 6 ACTOS,

Que representan: 1°. *la ociosidad*, 2°. *la seduccion*, 3°. *el juego*, 4°. *el robo*, 5°. *el asesinato*, *y* 6°. *el cadalso.*

ESCRITO EN FRANCES

POR LOS SS. TEODORO N. Y BENJAMIN.

Arreglado al castellano

POR D. L. C.

Barcelona.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMP.

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

CON LICENCIA.

1832.

# Personajes.

Julian.
Francisquin.
Cárlos.
Fernando.
Lacalle.
Miguelon.
Roberto.
Eugenio.
Madama Doucet.
Luisa.
Elomira.
Fanni.
Carolina.
Antonio.
Comisario de policía.
Bertier.
Banquero para la rolina.
José.
Criados.
Valentina y Teresa, criadas.
Cabo de patrulla, que habla.
El cochero, que canta una letrilla.
Pueblo y soldados.

# LOS SEIS

## GRADOS DEL CRIMEN.

## ACTO PRIMERO.

(El teatro representa un comedor.)

### ESCENA I.

JULIAN, FERNANDO, CARLOS Y VARIOS AMIGOS.

Al levantar el telon, Julian y sus amigos estarán sentados al rededor de una mesa, en la que se les servirá con profusion. Beben y cantan.

CORO.

Las penas molestas
Jamás conozcamos;

En júbilo y fiestas,
Unidos vivamos:
Y el vaso
No escaso
Rebóse en licor.

UNO DE LOS CONVIDADOS.

Bebamos amigos;
Y en dulce alegría
Dedíquese el dia
A Baco y Amor.

CORO.

Las penas molestas
Jamás conozcamos;
En júbilo y fiestas,
Unidos vivamos:
Y el vaso
No escaso
Rebóse en licor.

JULIAN.

Venga un vaso de Champaña para dar tono á la voz. (*Bebe y presenta otra vez el vaso paraque le echen vino*). Otra copita, que este licor inspira buenas ideas y canciones de gusto.

FERNANDO.

Brindemos á la buena suerte de nuestro amigo.

CARLOS.

¡Vaya una fortuna como la suya! ¡Nada menos que verse dueño de un caudal inagotable, antes de llegar á los veinte y cuatro años! Toma! segun se suena, tu padre era millonario. ¿Verdad Julian?

FERNANDO.

Por eso hace seis meses que se trata como un príncipe: y cuidado que esa suerte le ha venido como terno de lotería; porque el bueno de su padre tuvo la gracia de morirse de repente y cuando menos Julian se podia esperar.

JULIAN.

Oyes, chicos! ¿No seria mejor que hablásemos de cosas mas alegres? Esos recuerdos nunca son buenos mas que para escitar ideas lúgubres... De beber.

CARLOS.

Tienes razon: hablemos de nuestras queridas.

JULIAN.

Sí, sí; mas divertido es esto, mas delicioso. ¡Que amables son y que tiernas, sobre todo cuando se las envian diamantes y trages de lujo! La mia me quiere en esceso; es una cosa que pasma.

FERNANDO.

¿Quien, Elomira? esa viuda de un corredor de cambios, ó que se da por tal aunque parece que nunca estuvo casada? Y bien, amigo, ¿es esta todavía la que priva?

JULIAN.

Ah! ah! ¡Cuanto tiempo hace que cayó de la banca! ocho ó nueve dias á lo menos: sobre que estoy pensando ya en sustituir otra á la que ocupó su puesto.

CARLOS.

Bravo! Así es como quiero yo los fuertes enamoramientos. Me gusta que un hombre se apasione con toda la fuerza de la espresion; pero ningun cariño ha de durar mas de una semana.

FERNANDO.

¿Y podrémos saber quien es la nueva encantadora beldad que está ahora en el candelero?

JULIAN.

No señor. ¡Que curioso! Vaya!

CARLOS.

Vah! será alguna avecilla de primer vuelo.

JULIAN.

Ni mas ni menos. Diez y siete años mas lindos no se hallan en todo Paris: hermosa como un oro, y modesta como ninguna.

FERNANDO.

Oigan! ¿Y en donde has ido á desenterrar ese tesoro de inocencia, esa nueva Penélope, esa moderna Lucrecia?

JULIAN.

En una casa de buenas amigas, donde se dan academias de música y baile, y hay lo que suele llamarse teatro casero. Fuí allá sin saber porque; nada mas que por haberme convidado unos conocidos,

para pasar el rato : me senté, y las canciones que oia empezaban á inspirarme sueño, cuando de repente una voz preciosa y unos gorgeos encantadores me sacaron de aquel estado de entorpecimiento, penetrando hasta lo interior de mi alma. Entonces saco mi lente, miro á la que canta, y veo... ¡no es nada! el mas gracioso cuerpo que podais pensar: ¡que aire, que talle, que soltura!..... En fin, por la primera vez de mi vida me sentí como enagenado y fuera de mí, de modo que me puse á aplaudir lo mismo que si estuviese pagado para ello. Concluida la funcion, busqué medio de llegarme á la cantarina, y trabar una conversacion bastante viva y declaratoria. Iba á arriesgarme á proponerle una cita, para hablar con mayor libertad, cuando una mugerona que parecia ser su madre ó su tia vino á tomarla del brazo, destruyendo en un instante todo el éstasis en que me hallaba.

CARLOS.

¿Y no estás mas adelantado?

JULIAN.

Por ahora no. Esa aventura me sucedió habrá unos quince dias; pero esta mañana he vuelto á acordarme de la tal niña, y he dado á cierta persona el encargo de averiguar el paradero y circunstancias de mi Dulcinea. Presumo que no le será difícil, porque tiene conocimientos con la mayor parte de esas cantoras que empiezan á dejarse ver y oir en teatros de aficionados.

CARLOS.

En este caso, da tu conquista por hecha.

JULIAN.

De por fuerza: el canto es uno de los principales hechizos del amor.

CARLOS.

Brindemos pues á la salud de nuestra Vénus.

FERNANDO.

Sí, sí; bebamos.

JULIAN.

Y cantemos. ¡Ay amigo! Se me olvida-

ba una cosa. Vaya otra noticia : estoy aguardando esa mañana á un sugeto muy particular, un hombre que vierte moral y sentencias por las coyunturas. Voz ronca, ceño adusto, y con trazas de recien llegado á Paris. Vamos á ver si vosotros sois capaces de ponerle alegrillo y quitarle ese aire tétrico y meditabundo que tiene. Ved que no haréis poco si lo conseguís.

CARLOS.

Se me figura haber visto otra vez contigo á ese original de que nos hablas : ¿no es uno que se llama Miguelon? En efecto, me parece sugeto nuevo en Paris, aunque esta villa es una verdadera Babilonia.

JULIAN.

Con todo, ya han reparado en él no pocos, y se le conoce por el hombre negro, ó el hombre de los sermones.

CARLOS.

A ese se le suele encontrar de algun tiempo á esta parte en muchas de las reuniones divertidas. Se me antoja uno de

esos observadores pagados para la conservacion de la seguridad pública.

JULIAN.

Al principio creia yo lo mismo que tú; pero se me ha asegurado que no es esta su ocupacion verdadera.

CARLOS.

¿Y que relaciones puedes tener con semejante sugeto?

JULIAN.

Habia depositado cierta partida de dinero á interés en poder de mi difunto padre, lo que es muy natural en un banquero: yo estaba ignorante de ello, ayer recibí una carta, en la que me avisaba este hombre que esta mañana vendria á retirar su fondo, y lo celebro infinito, porque su presencia me es muy poco grata, y cuando me mira ó me habla me da poquísimo gusto.

FERNANDO.

Déjale por mi cuenta: yo te aseguro que le hemos de hacer reir, mal que le pese.

CARLOS.

¿Porque no le envias al antiguo mancebo del despacho de tu casa? Y cuidado que ese es tambien otro original, un verdadero visionario: me parece que no harian malas migas juntos.

JULIAN.

En cuanto al último no estraño que gaste poca alegría. Cuando un hombre desciende de... unos sugetos que... pero no puedo esplicarme. Este es un secreto que mi padre me confió al morir, á fin de que me interesase en la suerte de ese pobre diablo. Yo cumpliré en un todo sus instrucciones, y le entregaré un legado que le dejó de mil escudos; pero luego que los haya percibido, me le echaré de encima, y no creo que tenga que ver mas con él.

CARLOS.

Cáspita! mil escudos! ya se ve! El bueno de tu padre no pensaba mas que en desparramar su dinero, como si no hubiese otros medios de emplearlo mejor.

FERNANDO.

Por ejemplo, en el ecarté, ó en el monte.

JULIAN.

O en mil otras cosas.

CARLOS.

¿Qué querrá José?

## ESCENA II.

DICHOS Y UN CRIADO.

CRIADO.

El señor Miguelon.

CARLOS.

Ah! ah! el hombre negro! Bueno, bueno.

JULIAN.

Que entre. (*Vase el criado.*) A ver, amigos, si sabréis replicarle y cortarle la palabra. Es un famoso hablador; pero cuento con vosotros.

## ESCENA III.

DICHOS Y MIGUELON.

MIGUELON.

Bueno! bueno! siempre la misma ocupacion! la ociosidad. Por ahí es donde se empieza.

JULIAN.

Y por ahí cuento yo acabar. ¿Hay cosa mas dulce que la ociosidad?

MIGUELON.

Es la madre...

JULIAN.

De todos los vicios. Toma! Si no sabeis mas que eso, es un refran que apesta ya de puro rancio.

MIGUELON.

Y que, por lo mismo, pocos se aprovechan de su significado y aviso.

JULIAN.

Un asiento al señor Miguelon: así podrá encajarnos sus arengas con mayor

comodidad. Vamos, sentaos junto á nosotros. Ola! venga otra copita. Las sentencias de los proverbios mezcladas con buen vino de Champaña son mas agradables.

MIGUELON.

Gracias, señor Julian; pero no puedo detenerme.

CARLOS.

A lo menos, señor Miguelon, podria despachar una copita mientras se habla.

MIGUELON.

No pruebo vino yo.

FERNANDO.

Mal hecho! Todos los pícaros beben agua, hombre. (*Se sopla una copa.*)

MIGUELON.

No soy muger. (*A Fernando.*) Ya sabeis á lo que vengo, señor Julian; tened pues la bondad de despacharme cuanto antes.

CARLOS.

Como! ¿Tan pronto? Julian nos habia dicho que pasariais un rato con nosotros.

MIGUELON.

Ola! Ya lo entiendo. Quereis que os dé un rato de diversion. Pues sabed que no es mi oficio divertir á nadie.

JULIAN.

Interpretais mal nuestras intenciones.

FERNANDO.

Sin duda. Por lo que toca á mí, os aseguro que habia oido decir de vos, no sé en donde, que erais otro Lavater; que os bastaba ver la fisonomía de una persona para adivinar cuales fuesen sus costumbres, y leer en su interior: pero como somos aquí todos un atajo de incrédulos, hubiéramos deseado hacer la esperiencia de vuestras habilidades para cerciorarnos.

MIGUELON.

Pues bien, señores; sino es mas que eso, y os interesa tanto, me será muy fácil satisfacer vuestros deseos.

CARLOS.

Vamos, que cuando Julian nos decia que el señor Miguelon era un bello su-

geto, no exageraba nada. ¡Cuanto os agradecerémos, señor Miguelon, tanta complacencia!

MIGUELON.

Ello dirá, pero en todo caso puede que no gaste el tiempo enteramente en balde; pues si mis palabras llegan á producir en vosotros reflexiones importantes y serias, algo se habrá adelantado.

FERNANDO.

Vamos pues, hablad; que os escuchamos con impaciencia.

MIGUELON.

Voy pues á ello... Empezaré por vos mismo, señor Fernando; por vos, cuya fisonomía es tan halagüeña y cuyos ojos son tan vivachos y brillantes... Esos colores que se os salen tan frecuentemente á la cara, como por ejemplo, ahora mismo, podrian tomarse por respeto y natural pudor, sino proviniesen en gran parte del vino que os gusta no poco, y de la mucha suerte que teneis en el juego del ecarté, etc., etc., etc. Pero cuidado con

esos naipes que sabeis manejar con tanta destreza, pues algun dia pueden dar márgen á sospechas fundadas... y en una palabra, vuestros negocios pueden tomar un aspecto muy diverso de la noche á la mañana, y llevaros mucho mas lejos de lo que presumís.

FERNANDO.

Yo no os comprendo, á fe.

MIGUELON.

Ya vendrá tiempo en que me comprendais.

CARLOS.

Ahora viene mi turno. Vamos á ver si seréis mas inteligible conmigo.

MIGUELON.

Vos sois, señor Cárlos, uno de los lechuguinos mas *remarcables* de Paris. La sonrisa está siempre en vuestros labios; vuestras palabras son muy corteses y azucaradas *para con los acreedores*. Vuestro talento y modo de raciocinar son admirables cuando se trata del corte de un chaleco ó de la hechura de un pantalon:

se habla en cierta clase de tertulias de las grandes tertulias que haceis allá en Frescats y otros parajes, donde se reunen mugeres de un mismo calibre... Hasta aquí no hay gran mal; pues tales hazañas no pueden conduciros mas que á alguna casa de correccion ó al hospital; pero si por casualidad os sucediese alguna vez que os equivocaseis de apellido al firmar alguna letra de cambio, ved que esto podria precisaros á mudar de aires, y los de Brest ó de Tolon son demasiado vivos para los habitantes de la capital, y no es lo mismo andar suelto que acompañado. (*Señala la cadena de los presidarios.*)

CARLOS.

Una acusacion semejante...

MIGUELON.

Os aguardo al vencimiento de este plazo.

(Miguelon saca con mucha serenidad un papel de su cartera, y lo presenta á Cárlos. Este se sorprende, pero disimula.)

CARLOS.

(Malo.) Seréis satisfecho á su tiempo, señor Miguelon, seréis satisfecho: y os

aseguro que en cuanto á mí vais muy equivocado.

MIGUELON.

¿Hay que continuar, señores? Todo mi saber está á vuestra disposicion; y si lo dudais todavía, no hay sino indicarme vuestros deseos.

FERNANDO.

Vaya, que es un dige el tal hombre. No se puede cantar á nadie la cartilla mas clara y con mas gracia; pero no queremos abusar mas de vuestra complacencia.

MIGUELON.

Nada de esto... Mi único gusto es el de poderos apartar del camino que parece vais emprendiendo. Jóvenes, creedme, los placeres ciegan. ¡Si supieseis adonde pueden conduciros, y lo que tal vez os aguarda un dia! A vos, Julian, es á quien con mayor interés dirijo mis palabras. Vuestro padre, que me conocia á fondo y sabia quien era yo, nunca dejó de manifestarme su aprecio, y estoy persuadido que le pruebo mi reconocimien-

to repitiendo á su hijo lo que seguramente le habrá dicho mas de una vez: *La ociosidad es el primer escalon para la deshonra y la afrenta.* A eso añado que las compañías que os rodean y los parajes que frecuentais pronto os conducirán al segundo, señor Julian: todavía estais á tiempo de retroceder; pero es preciso sea sin tardanza... porque cuando se ha llegado á la mitad del camino, sucede muy pocas veces el que uno vuelva atrás.

JULIAN.

Amigos, brindemos á la salud del señor Miguelon, nuestro consejero íntimo.

TODOS.

Sí, sí, á su salud. (*Brindis.*)

MIGUELON.

Tengo que irme: mis caudales.

JULIAN.

Ya lo veis, estoy sumamente ocupado; dejémoslo para mañana.

MIGUELON.

No puede ser: los necesito ahora mismo. Mi cuenta quedó arreglada por vues-

tro mismo padre en tal caso, es negocio de un instante, y me conviene que...

JULIAN.

Semejante instancia bastaria para ofender mi delicadeza, si pudiese sospechar yo en vos la menor falta de confianza.

MIGUELON.

De confianza... yo deposito sin reserva la mia en los hombres activos, laboriosos; pero os lo repito, exijo mi dinero ahora mismo.

JULIAN.

Como! Esto es ya demasiado..... Pero no olvidaré que estoy en mi casa. José, (*llamando*), dadme la cartera que está en ese escritorio. (*A José que ha parecido.*) Y luego que esteis satisfecho, espero.....

MIGUELON.

¿No verme mas? Este es mi mayor deseo.

(El criado trae la cartera.)

JULIAN.

Tomad, señor Miguelon: esto es lo que os pertenece.

MIGUELON.

Gracias.

JULIAN.

Ved si teneis vuestra cuenta, examinadla.

MIGUELON.

Eso hago.

JULIAN.

Me enviaréis vuestro recibo.

MIGUELON.

Ahi lo teneis.

JULIAN.

¿Ya lo traiais hecho?

MIGUELON.

Señores, con vuestro permiso. Os lo repito: deseo tanto como vos, el que no nos volvamos á ver; pero mucho temo que nos encontrarémos con demasiada frecuencia todavía, y alguna vez con harto pesar de entrambos. (*Va á salir.*)

FRANCISQUIN.

Te digo, José, que me ha escrito que venga á verle. (*Desde afuera.*)

MADAMA DOUCET.

Y yo tambien le traigo mi alquiler.

## ESCENA IV.

DICHOS, MADAMA DOUCET, LUISA Y FRANCISQUIN.

JULIAN.

¡Otro demonio tenemos!... Ya veréis, amigos, como despacho mis negocios.
(Miguelon tocando por la espalda á Francisquin.)

MIGUELON.

Muy bien, Francisquin, muy bien; tengo de tí noticias muy satisfactorias. Ya sé que eres hombre arreglado y laborioso. Continua, continua así, y podrás ir por todas partes con la cara descubierta..... Cada cual es hijo de sus obras.

## ESCENA V.

DICHOS, MENOS MIGUELON.

JULIAN.

(Qué veo! es ella!) (*Mirando á Luisa.*)

CARLOS.

(Quien?)

JULIAN.

(La inocentita del teatro de aficionados.)

FERNANDO.

Vaya! esto sí que es bueno!

LUISA.

(El jóven de los guantes amarillos.) (*ap.*)

FRANCISQUIN.

Ya veis, señor Julian, como no falto á vuestra invitacion.

JULIAN.

Muy bien, al momento te despacho.

MADAMA DOUCET.

Yo, señor Julian, he aprovechado la ocasion que mi yerno venia á veros...

JULIAN.

¿Francisquin es vuestro yerno?

MADAMA DOUCET.

Vengo á traeros los dos plazos vencidos de la casa vuestra, que habito en el arrabal de san Marzó; porque parece que sino viniésemos á traéroslo, no enviariais nunca por él. Ya veo que no es un cuar-

tel aquel para sugetos como vos; sin embargo, nuestro dinero es tan bueno como el de estos barrios: á mí no me gusta deber un cuarto á nadie, y así os lo traigo yo misma.

JULIAN.

¿Con que, Francisquin es yerno vuestro?

MADAMA DOUCET.

Toma! Lo mismo que si lo fuera; pues ahora mismo vamos á disponer los preparativos de la boda.

JULIAN.

¿Que acaso esa niña es...?

MADAMA DOUCET.

Sí, hija mia, ó á lo menos de una amiga mia, que me la confió á la hora de su muerte. No tiene mas madre que yo: yo la he criado como si efectivamente lo fuese. Ahora va á ser la novia de Francisquin, por lo que le llamo mi yerno. Vamos, Luisa, saluda á ese caballero: la pobre es muy vergonzosa, muy corta de genio, ya lo veis.

JULIAN.

(¡Que yo no lo haya sabido mas antes!) (*Aparte.*) Me parece haber visto otra vez á esa niña.

MADAMA DOUCET.

Ola!

LUISA.

El otro dia en un teatro de aficionados, ya me acuerdo.

MADAMA DOUCET.

Oh! La niña, ahí donde la estais viendo, se pinta sola para ciertas habilidades: porque aunque yo no soy mas que una frutera, sé de quien es hija, y he cuidado de que se la diese una brillante educacion; pero esto no es del caso: ahí teneis vuestro dinero, y santas pascuas. Francisquin, Francisquin, despacha pronto tus asuntos; mira que todavía tenemos que encajarnos en casa del notario, y mientras andamos perdiendo el tiempo de unas partes para otras, no hay quien cuide de vender mis frutas.

JULIAN.

(No hay que descuidarse, la niña me

ha reconocido, y sin duda... Amigos, necesito de vosotros. )

CARLOS.

( Se trata de esa mocita : eh? )

JULIAN.

( Seguramente. )

FERNANDO.

( Estámos á tus órdenes. )

JULIAN.

Voy á haceros el recibo. Francisquin, aguardadme tambien aquí : seguidme, amigos. (Se necesita maña y diligencia.)

( Julian y sus amigos se entran en el aposento de la izquierda. )

## ESCENA VI.

FRANCISQUIN, MADAMA DOUCET y LUISA.

FRANCISQUIN.

Tú no me habias dicho, Luisa, que conocieses al señor Julian.

MADAMA DOUCET.

Ola! ola! que pronto le pican los zelos al señorito!

LUISA.

No sabia yo que ver á una persona en el teatro, en donde canto y á donde va tanta gente, fuese conocerla: y luego habia yo reparado tan poco en él... (No me engañaron cuando me dijeron que era tan rico.)

FRANCISQUIN.

Es que yo me sé que...

MADAMA DOUCET.

Chico! Chico! ¿Como es esto? Si lo digo, que la niña tendrá al fin que meterse los ojos en la faltriquera, ó tapárselos con el delantal. ¡Vayan unos zelos bien majaderos!

FRANCISQUIN.

Como vos sois una muger honrada, y Luisa una muchacha de buena conducta, nunca sospechais de nadie.

MADAMA DOUCET.

Así me va bien; y lo demas son tonterías.

FRANCISQUIN.

Convengo en ello, pero debiais haber

dado á la muchacha una educacion proporcionada á vuestro estado, y no meteros en hacerla enseñar habilidades que tal vez pueden perjudicarla.

MADAMA DOUCET.

¿Qué hay de malo en proporcionar á una niña el que pueda ser algo mas de lo que fueron sus padres?

FRANCISQUIN.

Segun y conforme. Luisa con la buena índole que naturalmente tiene, habria sido una muger hacendosa.

MADAMA DOUCET.

Adelante.

FRANCISQUIN.

Adelante! Claro está lo que quiero decir: os dejasteis llevar de los consejos de personas que habiéndola oido cantar en vuestra tienda se enamoraron de su voz, y consentisteis en que se dedicase al canto. ¿Creeréis ahora que una muchacha aficionada á gorgear y divertirse en teatros, guste de los quehaceres interiores de una casa? ¿No conoceis lo que es un Paris?...

MADAMA DOUCET.

Toma! Porque haya aprendido á hacer gorgoritos, ¿no sabrá aderezar un guisado ni componer unas medias?

LUISA.

Eso es lo que tiene de bueno el señor Francisquin: por su causa hay siempre riñas conmigo, y me requiebra á puros sermones.

FRANCISQUIN.

¡Ah Luisa! Si supieras cuan desgraciado he sido yo desde el primer dia que vine al mundo, no atribuirias á estravagancia mi modo de pensar. En el instante mismo en que voy á ver cumplido el mayor de mis deseos, conozco que mi felicidad seria completa si pudiese lisonjearme de que vuestro cariño fuese igual al mio; y sin embargo, mucho recelo que estémos muy distantes uno de otro..... Siempre se me figura que me amenaza algun nuevo trastorno.

MADAMA DOUCET.

Esta costumbre se ha hecho en tí muy habitual.

FRANCISQUIN.

Pues bien : de Luisa pende el disipar mis temores y tranquilizarme. Una sola palabra de su boca me seria mas que suficiente.

MADAMA DOUCET.

Díle pues dos, y mas que sean cuatro, muchacha, si esto basta para volverle el alma al cuerpo.

LUISA.

¡Ya se ve! Esta es la conversacion diaria. Si lo digo que no hay medio de estar un par de horas juntos sin que regañeis. Lo que vais á lograr con esto, señor Francisquin (y os lo digo francamente), es que al cabo y al postre llegue yo á aborreceros.

FRANCISQUIN.

Perdóname, Luisa; me enmendaré: te lo prometo.

MADAMA DOUCET.

Vamos, vamos, haya paz en casa y dejémonos de tonterías. Aquí no hay sino darse un abrazo y santas pascuas; pero si

quieres que te diga la verdad, querido Francisquin, tienes poca razon en lo que hablas. Una muger puede ser honrada y hacendosa en cualquier estado. Yo respondo de mi hija adoptiva, como de mí misma. ¡No faltaba mas, sino que flaquease en lo mas mínimo! Toma! ya se ve! Le arrancaria yo los ojos de la cara antes que permitirla que... Vaya! bonita soy yo para chanzas semejantes! Pero debes estar seguro, Francisquin, que serás tan dichoso con Luisa, como lo fue conmigo el que ya pudre tierra..... ¡Pobre Pancracio! no tengo ni así que me dé escozor en la conciencia. No soy mas que una vendedora de fruta, es verdad; pero en punto de honradez puedo apostárselas á una marquesa. No se dirá que por mí le hubiese pesado la frente al pobrecito, y mucho dudo que puedan hacer alarde de otro tanto algunos de los maridos de esas señoras de gran tono. ¿Y bien? está acabado eso?

FRANCISQUIN.

Por mi parte, sí.

LUISA.

(Ay! El vuelve y yo me pongo colorada. No seria mala burla que Francisquin lo reparase.)

(Viendo venir á Julian.)

## ESCENA VII.

DICHOS, Y JULIAN Y CARLOS, QUE NO HACEN MAS QUE TRASPASAR LA ESCENA.

JULIAN.

(¡Lo tienes entendido?) (*Ap. á Cárlos.*)

CARLOS.

(Déjalo por mi cuenta; esto es cosa de poquísima importancia.)

(Del mismo modo, dándole la mano y marchando por el lado opuesto.)

JULIAN.

Perdonad si os hice esperar. Aquí teneis el recibo, Madama. Ahora soy contigo, Francisquin, pero tengo que hablarte á solas; y si esas buenas mugeres quieren pasar por un instante á mi aposento...

FRANCISQUIN.

No guardo yo secretos con ellas : la una va á serme madre, la otra esposa.

JULIAN.

Sin embargo, las órdenes que mi difunto padre me dió relativamente á tí han de ser secretas.

MADAMA DOUCET.

Es muy justo. Vámonos pues allá dentro á aguardarte, chico ; pero que no sea la vida perdurable.

JULIAN.

No, no, pronto despachamos.

MADAMA DOUCET.

Vamos pues, Luisa. ¿Por allá decís?

JULIAN.

Sí, por la puerta del fondo.

LUISA.

(¡Que mirada me ha dado!)

(Vanse las dos.)

## ESCENA VIII.

JULIAN y FRANCISQUIN.

FRANCISQUIN.

Ya estámos solos.

JULIAN.

Francisquin, no ignoras el cariño que mi padre te tenia : y bajo este supuesto no deberá maravillarte lo que voy á comunicarte.

FRANCISQUIN.

Vamos á ver, hablad.

JULIAN.

Viéndose pronto á acabar sus dias mi difunto padre (á pesar de que la enfermedad le acometió tan de repente, que apenas tuvo tiempo de poner sus cosas en órden), me llamó para hacerme saber su última voluntad, y entonces me recordó lo bien que le habias servido, y me entregó esto para tí.

FRANCISQUIN.

¿Para mí?

JULIAN.

Sí, para tí, léelo.

FRANCISQUIN.

«¡Pobre Francisquin! tu buena conducta ha borrado enteramente la mancha de tu nacimiento, y yo queria ayudarte en la empresa que habias formado de grangearte la estimacion de tus semejantes, cosa que solo una injusta preocupacion podrá negarte... pero el Cielo no se ha dignado concederme el que viese yo realizado mi plan. Sin embargo, quiero hacer algo para proporcionarte un porvenir menos incómodo. Mi hijo te entregará una cartera con tres mil francos: en tus manos, pronto se verá aumentado ese caudal. ¡Ojalá contribuya esta corta demostracion que te hago de mi cariño, á conducirte al colmo de felicidades á que te hacen acreedor tu honradez y constancia en el trabajo. Paris, etc. Nicasio Valcurt.»

¡Ah, bienhechor mio! Juro delante de vuestro hijo, delante de Dios que nos ve y nos oye: sí; lo juro, que siempre dig-

no de vuestras bondades y del aprecio de cuantos estiman la probidad y la hombría de bien...

JULIAN.

Toma, querido Francisquin, toma; esto es tuyo ya.

FRANCISQUIN.

¡Ah señor! como podré probaros todo mi reconocimiento!

JULIAN.

Continuando en conducirte como hasta aquí. Sé siempre cuerdo, honrado y virtuoso, porque la virtud...(¡cuanto tardan!) (*Aparte.*) como dijo mi difunto padre, es el único camino para la verdadera felicidad. (¡Si se hará de rogar la niña!) (*Aparte.*)

FRANCISQUIN.

Os lo repito, señor Julian: nunca se os saldrán los colores en la cara por el bien que yo haya recibido de esta casa. ¡Cuan envidiable es vuestra felicidad! Habeis nacido rodeado ya del amor y de la estimacion de vuestros semejantes. ¡Es

tan dulce y por otra parte tan fácil el poder conservar estas recomendables prendas!

JULIAN.

Sin duda. (Mucho temo haberme metido en un mal empeño.) (*Aparte.*)

FRANCISQUIN.

Ahora, con vuestra licencia, pasaré á llevarme á Luisa y á su madre.

JULIAN.

Como gustes. (¡Que torpes son!) (*Ap.*) Oye, Francisquin, es indispensable que te recomiende...

FRANCISQUIN.

Decid, decid.

JULIAN.

El mas estrecho secreto sobre lo que mi padre ha hecho contigo, pues estas fueron las intenciones que manifestó antes de espirar, por cuyo motivo quise hablarte á solas.

FRANCISQUIN.

¡Cuanta generosidad!

(En este instante se oirá un gran ruido en el cuar-

to donde entraron Luisa y madama Doucet. Oyese pronunciar á esta con fuerza las palabras, malvados, picarones; y al mismo tiempo un coche se aleja.)

JULIAN.

¿Qué será esto?

FRANCISQUIN.

Buen Dios! qué les habrá sucedido!

(Se arroja hácia la puerta, á pesar de intentar Julian detenerle: en esto madama Doucet la abre con precipitacion y sale enfurecida.)

## ESCENA IX.

DICHOS, Y MADAMA DOUCET.

MADAMA DOUCET.

¡Ah monstruos! perversos! picarones! Yo me ahogo... no puedo mas...

FRANCISQUIN.

¿Qué teneis?

MADAMA DOUCET.

¡Qué he de tener! que se la llevan...

FRANCISQUIN.

¿A quien?

MADAMA DOUCET.

¿A quien? Miren que calma! á Luisa.

FRANCISQUIN.

¿A Luisa?

MADAMA DOUCET.

Eran tres contra mí, sí, sí, tres, y todavía se reian los malvados.

FRANCISQUIN.

¿Qué significa todo eso, señor Julian?

JULIAN.

Sosiégate, Francisquin. Madama Doucet, esto no puede haber sido mas que alguna chanza que habréis tomado de veras.

MADAMA DOUCET.

¡Una chanza! Pues que se quiten de la cara las señales que les han dejado mis diez uñas: así es como yo me chanceo... Pero, señor Julian, no tengamos otra ahora con vos. Que se me devuelva inmediatamente mi Luisa, ó de lo contrario veréis que otra fiesta se arma.

FRANCISQUIN.

Este es un asunto que me toca personalmente, supuesto que Luisa va á ser mi esposa; y así, señor Julian, me creo con derecho para exigir que vos y yo pasemos al instante...

JULIAN.

Hombre! lo tomas por un estilo...

FRANCISQUIN.

Pues bien, me moderaré todo lo que sea posible: pero no me preciseis á olvidar que sois el hijo de mi bienhechor. Hablad. ¿En donde está Luisa? con que intento se ha cometido este rapto?

MADAMA DOUCET.

Sí, sí, pronto esplicaos; de lo contrario, no os reconozco ya por mi casero, ni á nadie de este mundo. Mirad que la mosca se me sube ya á las narices.

JULIAN.

Esto ya es demasiado. Salid de mi casa, sino quereis que os mande echar á la fuerza.

FRANCISQUIN.

Miserable! A la fuerza! (*Enfurecido.*)

MADAMA DOUCET.

Que se adelanten, si son valientes, que se adelanten.

## ESCENA X.

DICHOS, FERNANDO, CARLOS Y CRIADOS.

FERNANDO.

¡Que gritos! que ruido es este!

JULIAN.

Arrojad á la calle á esas gentes que vienen á insultarme en mi propia casa.
(A los criados.)

FRANCISQUIN.

¡A la calle! que vengan si se atreven: y vos, tratad de devolverme al instante á mi muger, ó me daréis entera satisfaccion de esta infamia.

JULIAN.

Ah! ah! Esto sí que seria curioso, reñir con un hombre de tu linaje!

FRANCISQUIN.

Os repito que me daréis satisfaccion... ó bien... (*Estrechándole la mano con fuerza.*)

JULIAN.

Señores, sed testigos de lo que pasa, ya que Francisquin me fuerza á ello; y decidme si puedo desafiarme con el hijo de un hombre que murió en el cadalso.

FRANCISQUIN.

¡Ah infame! ¡Te atreves á descubrir un secreto que debiera haberte sido sagrado!... pero no importa: el Cielo me vengará. Ahí tienes la dádiva de tu padre. Tómala. (*Le arroja la cartera á los pies.*) Recóbrala, que no la quiero. Sus beneficios pasando por tus manos serian un agravio para mí. Vamos, buena muger; acudamos pronto á la justicia.

MADAMA DOUCET.

Sí, sí, á la justicia; y sino se me hace, pierde cuidado, que yo sabré como he de manejarme..... Mira que uñas tengo: estas te darán la respuesta, pues sin du-

da, mas que el padre de Francisquin, merecerias tú morir en manos del verdugo.

(Van á salir y les detiene Miguelon.)

## ESCENA XI.

DICHOS Y MIGUELON.

MIGUELON.

No temais, buenas gentes; el Cielo os asistirá. Me hallaba yo en la calle, y he visto el coche que se llevaba á Luisa, la que no me parece vaya descontenta. Señor Julian, este es el segundo escalon. La ociosidad el primero, la seduccion el segundo.

JULIAN.

Vos no teneis nada que hacer en mi casa; entre los dos están ya rotas todas las amistades.

MIGUELON.

¡ Quiéralo el Cielo !... (*Vase.*)

MADAMA DOUCET.

Vil seductor, ya nos verémos.

FRANCISQUIN.

Hombre perverso, no siempre te reirás de mí. Yo te lo aseguro.

MADAMA DOUCET Y FRANCISQUIN.

Vamos, vamos... (*Vanse.*)

## ESCENA XII.

DICHOS, MENOS MIGUELON, MADAMA DOUCET Y FRANCISQUIN.

FERNANDO.

¡Que escena tan graciosa! sobre que me gustaba la tal madre postiza! ¡Vaya una frutera!

CARLOS.

Sí; pero ¡que poco me gusta ese Miguelon! Puede delatarnos tal vez; porque le miro como á sugeto sospechoso.

JULIAN.

Verémos, verémos: José, recoge esa cartera y llévala á Francisquin; no quiero lo que no es mio. (*Arrojándola de un puntapie.*) Ahora vámonos á la casa de Elomira, en donde darémos fin al dia de

hoy, y verémos como lo habrá tomado la hermosa hija adoptiva de la frutera, pues he dispuesto que la conduzcan allá inmediatamente.

FERNANDO.

Vamos pues.

CARLOS.

Vamos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

# ACTO SEGUNDO.

(El teatro representa una sala elegantemente iluminada para un festin : en el fondo habrá varias personas bailando. A la salida de Carolina el baile cesa por un corto rato.)

## ESCENA I.

CAROLINA , FANI y ELOMIRA.

ELOMIRA.

Buenos dias, amigas : llegais muy tarde. Yo contaba teneros aquí tempranito, para hablar. ¡Si supieseis cuantas cosas tengo que deciros !

FANI.

Tambien nosotras venimos cargadas de noticias para tí.

ELOMIRA.

Sepámoslas pues ; hablad pronto.

FANI.

Primeramente has de saber que Violante, esa muchacha compañera nuestra, que habia ido á dar algunas representaciones á Inglaterra , y que volvia ya con alguna buena pacotilla de guineas, fue apresada por un corsario africano , y llevada á las costas de Berbería con el buque en que iba embarcada. Dícese que un morazo, que la compró, se habia enamorado de ella como un loco , y que finalmente se ha hecho cristiano , se ha venido á Francia y se ha casado. ¿Qué os parece de esta aventura ?

CAROLINA.

Que es digna de insertarse en nuestros periódicos. Vaya ahora otra noticia que no vale menos. Esa buena Jacinta, que estaba dada á las furias porque pa-

saba ya de los cuarenta... ¿qué os parece que ha hecho? Acaba de dar todos sus bienes al hospital, y se ha metido hermana de la caridad.

FANI.

Todo eso es nada en comparacion de otra que traigo en el buche.

ELOMIRA.

¿Y qué es ello?

CAROLINA.

Algun cuento.

ELOMIRA.

Vamos pues, esplícate.

FANI.

Voy á ello. Se dice que las mugeres casadas van á presentar á la Cámara de los pares... ó á la otra (que eso no me lo han esplicado bien) una peticion, solicitando que se introduzca en el código penal un artículo para reprimir en lo sucesivo la infidelidad de los maridos.

CAROLINA.

¡Vayan unas majaderas! Se ve que das crédito á cuantos absurdos se cuentan.

FANI.

Absurdos?

ELOMIRA.

Puede que sea verdad. ¡Tantas cosas se solicitan en el dia! Pero estad ciertas que, como son los hombres los que dan las leyes y no nosotras, no hay peligro que esos señores quieran nunca derogar privilegios que tuvieron tanto empeño en establecer.

## ESCENA II.

DICHOS Y UN CRIADO.

ELOMIRA.

¿Qué hay de nuevo?

CRIADO.

El señor Julian Valcur.

ELOMIRA.

¿Tan pronto? (*Al criado.*) Que entre.

## ESCENA III.

DICHAS Y JULIAN.

JULIAN.

Servidor vuestro, señoras. Y bien ¿la Carolinita? está todavía montada á lo romancesco? en donde tenemos á la heroína de nuestra fiesta?

ELOMIRA.

Todavía se halla con la camarera que la está componiendo.

JULIAN.

¿Qué es eso? no vais á la ópera hoy? ¿No os ha venido la tentacion de oir á la nueva cantarina?

CAROLINA.

Vah! Hace tiempo que la conozco, como que es hija de una criada mia.

FANI.

¿De veras?

JULIAN.

¿Y qué hay de malo en esto? Igual genealogía es la vuestra.

CAROLINA.

No tal, que mi padre era mayordomo.

JULIAN.

Eso es otra cosa. Yo creia que no era mas que portero... Ola! Ahí viene mi Luisita. No me parece mal.

## ESCENA IV.

DICHOS Y LUISA VESTIDA ELEGANTEMENTE.

ELOMIRA.

¡Vaya que la señorita está hoy que es un primor! (*Dándola la mano despues de salir á su encuentro.*) Este trage le va á las mil maravillas.

CAROLINA.

¡Que graciosa está! (Parece ahogada en su vestido.)

FANI.

¡Que elegancia! que aire! (No sabe dar un paso con su trage.)

JULIAN.

¿Qué es eso, Luisita? ¿Habeis llorado?

ELOMIRA.

Vamos, enjuga esos bellos ojitos que están muy encendidos. Esto está muy mal en una buena cara.

JULIAN.

Vamos, miradme, señorita.

LUISA.

No me atrevo.

ELOMIRA.

¡Mirad que casimir tan delicado!

CAROLINA.

¡Que pendientes tan brillantes!

FANI.

¡Y el collar! no digo nada.

JULIAN.

Vos sola sois la que da valor á todo esto. Pero ¿qué hacemos? no se prosigue la funcion?

ELOMIRA.

Decís bien.

## ESCENA V.

DICHOS, CARLOS, FERNANDO, MIGUELON Y OTRAS PERSONAS CONVIDADAS AL BAILE.

CARLOS.

Vamos, ¿que tal la va la metamórfosis? (*Mirando con atencion á Luisa.*) Bravo! Amigo, te doy mil parabienes por el buen gusto que has tenido.

FERNANDO.

El bello gusanito de seda ya ha salido por fin de su cáscara..... Ya le tenemos convertido en mariposa. Ahora no hay que pensar mas que en los placeres.

MIGUELON.

Y en la muerte.

(Adelantándose en la escena.)

LUISA.

¡Dios mio!

JULIAN.

¿Qué teneis?

LUISA.

¿No estais oyendo?

JULIAN.

¿A quien?

MIGUELON.

A mí, señor Julian, á mí.

(Dando un golpe en la espalda de Julian, detrás de quien se hallará colocado.)

JULIAN.

¡Con que parece que tengo de hallaros en todas partes!

MIGUELON.

Sí: yo soy quien no deberia encontraros donde os encuentro.

JULIAN.

Pero yo creia que no teníamos nada ya que ver el uno con el otro; y os habia rogado que os ahorraseis la molestia de irme dando consejos caritativos, cuando no os los pido.

MIGUELON.

No me debeis ya nada, es verdad; pero yo me considero todavía deudor vues-

tro en algo, y pienso pagaros de este modo.

JULIAN.

Pues bien, yo os absuelvo de escrúpulo, y me doy por enteramente pagado, confiando en que aceptaréis mi declaracion voluntaria.

MIGUELON.

Como querais. Me retiraré pues, dando á la señora Luisita mil parabienes por la mudanza que veo en su persona.

LUISA.

Señor mio...

JULIAN.

Dejadle hablar, no hagais caso de tonterías.

MIGUELON.

Hoy se han sacado á la vergüenza á dos muchachas que habian empezado con vos: hasta otro rato.

(Miguelon se retira, perdiéndose entre la muchedumbre.)

LUISA.

¡Dios mio!

JULIAN.

Dejadle, que ese es un loco que sin duda se ha soltado de las jaulas.

FERNANDO.

A bailar, á bailar, amigo; no perdamos un tiempo tan precioso.

JULIAN.

¿Como es que semejante hombre venga á esta casa?

(A Elomira señalando á Miguelon, que hará parte de un grupo.)

ELOMIRA.

No me ha sido posible negarle la entrada. Me le presentó ese empleado de la Prefectura que habeis visto aquí algunas veces.

JULIAN.

Ahora conozco que no se sospechaba de él sin motivo. Procuraré evitarle. Pero sentémonos Luisa.

LUISA.

Como querais.

ELOMIRA.

Prosiga el baile, si os parece.

(Julian y Luisa se sientan en un canapé. Elomira se queda junto á ellos. Los demas de la escena pasan á empezar el baile, el cual se procurará que sea bastante natural, vivo y elegante. Su duracion no deberá llegar á un cuarto de hora. En el ínterin Julian, Luisa y Elomira siguen hablando.)

JULIAN.

Parece que os hallo muy triste, Luisa. ¿Qué significa esto, Elomira?

ELOMIRA.

No sé; pero la señorita fue recibida aquí ayer exactamente á tenor de las instrucciones que me enviasteis. Ella dirá si está contenta de mi trato.

LUISA.

Contentísima; pero mi corazon se halla muy agitado. ¿Os parece poco lo que hice ayer por vos?

JULIAN.

¿Estariais acaso arrepentida? ¿Recelariais de mi fidelidad, de mi constancia?

LUISA.

Los recelos son muy naturales en mi situacion. Yo consentí en dejarme robar

porque la persona que me habló ayer en nombre vuestro me aseguró con las mayores protestas que no tratabais sino de casaros conmigo.

ELOMIRA.

(Aguárdalo tonta.)

(Aparte; se levanta y da una vuelta.)

JULIAN.

Habló perfectamente; y cumplió en un todo con el encargo que yo le habia dado.

LUISA.

Esta promesa, la ilusion que yo me habia formado de que me queriais, y á mas de eso el aborrecimiento que siempre tuve á Francisquin sin saber porque, me hicieron menos dificultoso el consentir en desaparecer de la compañía de madama Doucet, y subí por fin al coche que me aguardaba. Ya está hecho: no me es dable ya volver atrás; pero ahora que está dado el mal paso, ahora es cuando conozco el precipicio que me habria labrado si diese con un hombre sin palabra y sin honor.

JULIAN.

¿Y podriais poner el mio en duda?

LUISA.

No digo tanto; pero he tenido tiempo de reflexionar acerca de mi situacion, y se me representa la pesadumbre que habré dado á la buena madama Doucet, á quien debo tanto, pues desde mis primeros años ha cuidado de mí, tratándome lo mismo que si en efecto fuese yo hija suya. ¿Qué pensará de mí? Me llamará ingrata, pérfida, y ¿quien sabe que no acuda á algun ministro de justicia para ver de recobrarme? Luego si vos no me cumplieseis la palabra de casamiento que me disteis, ¿qué seria de mí? en donde podria presentarme? Todo el mundo me señalaria con el dedo, y seria un objeto de escándalo y vilipendio.

JULIAN.

Perded todo temor y dejadme hacer, que no quedaréis descontenta de mi modo de obrar. Seguid en un todo los consejos de Elomira, que es parienta mia (por si pasa), y confiad en el cariño que

os profeso. Si no tuviese determinado elevaros á un rango distinguido, ¿habria dispuesto que se os vistiesen esos ricos trages y esas joyas, sin lo demas con que espero hacer resaltar vuestra hermosura?

LUISA.

Ya lo veo; pero no podeis negar que son mas que justos los temores en una situacion como la mia.

JULIAN.

Os lo repito, Luisita, no os aparteis en nada de los consejos de Elomira. La tengo dadas mis instrucciones, y creed que todo irá á medida de vuestros deseos (ó de los mios); pero ahora disipad toda idea melancólica, y vámonos á bailar tambien.

LUISA.

Como querais. No tengo ya mas gusto que el vuestro.

(En esto se levantan. Elomira se les acerca, y se pone á hablar en secreto con Luisa. Julian se queda algo solo.)

JULIAN.

(*Aparte*) ¡Ya estás fresca! ¡Que poco

conoces lo que somos los hombres! ¡Yo casarme con una niña que con tanta facilidad plantó á su primer amante y á su madre adoptiva, á las primeras instancias de un hombre que apenas ha visto, y de cuyas intenciones no tiene ninguna certidumbre! La muger que no sabe resistir, quéjese de su misma facilidad y poca cautela, si al cabo y á la postre se ve burlada. ¡Qué no promete un hombre en los delirios de su pasion! Pero despues de haberla satisfecho, ¿que promesas cumple? Ninguna. Si las muchachas lo meditasen, ¡que poco crédito nos darian! Mas ¿qué es esto?

## ESCENA VI.

DICHOS, MADAMA DOUCET, Y FRANCISQUIN.

MADAMA DOUCET.

¡Como que no entraré! A pesar tuyo entraré y tres mas. Toma eso. (*Da un bofeton á un criado.*)

( Con motivo de la disputa de madama Doucet y los criados que la detienen á ella y á Francisquin, se suspende el baile y se forman grupos.)

FRANCISQUIN.

No hay que detenerme tampoco á mí; pues estoy cierto que Luisa está en esta casa.

LUISA.

( ¡Ellos son! ¿En donde me ocultaré?)

ELOMIRA.

¿Se puede saber qué es lo que venís á buscar en esta casa?

MADAMA DOUCET.

¡Miren que pregunta! ¿A quien vengo á buscar? A mi ahijada: y quiero que se me entregue inmediatamente.

FRANCISQUIN.

A Luisa. Allí está, allí. No te escondas, que ya te veo.

JULIAN.

Tened la bondad de escucharme, y confio dejaros satisfecha.

MADAMA DOUCET.

Quítateme de delante, mala cabeza, ó

de lo contrario, no te respondo de las resultas. ¡Esta es mi hija! mi ahijada!..... ¡Dios mio! ¡En que trage la veo! ¿Qué es esto? ¿Qué significa este disfraz?

LUISA.

Madre!

MADAMA DOUCET.

Pronto, pronto: quítate todos esos pelendengues, y trata de venirte al instante conmigo.

ELOMIRA.

(Si os vais con ella, es capaz de mataros, y perdeis la boda del señor Julian.)

MADAMA DOUCET.

¿Qué le estais diciendo vos?

ELOMIRA.

Que mientras está aquí, se decida entre su antiguo amante y el nuevo.

MADAMA DOUCET.

¿Qué es eso de decidirse? Que se venga conmigo: lo demas no es de vuestra cuenta.

FRANCISQUIN.

¡Pero Luisita! ¡Es posible!

MADAMA DOUCET.

¿Y bien? ¿No me respondes? ¡Pareces una estatua! Te repito que inmediatamente te quites todo eso, y me sigas á casa. Yo lo mando, lo exijo, lo quiero.

(La agarra con violencia del brazo, y ella se resiste cuanto puede.)

LUISA.

Pero por fin... yo no quiero volver á vuestra casa.

MADAMA DOUCET.

¿Como que no?

LUISA.

No quiero absolutamente casarme con Francisquin que todo el dia me estaba riñendo.

FRANCISQUIN.

Por tu bien; y porque recelaba lo que ahora sucede sobre poco mas ó menos.

LUISA.

El señor Julian quiere casarse conmigo; y vos no debeis ni podeis impedir la fortuna que me resulta de esta boda.

MADAMA DOUCET.

Fortuna! ¡ Casarte tú con el señor Julian! ¿Eso presumes? Los calaveras, los malas cabezas se valen siempre de esa lisonjera promesa para seducir a las incautas; pero luego..... Si quisiese casarse contigo, ¿ te habria hecho conducir á una casa como esta?

LUISA.

La señora Elomira es su parienta.

MADAMA DOUCET.

Dios, ó por mejor decir, el diablo sabrá lo que le es la tal *señora Elomira.* Y en fin: en mi casa estarás mas segura que fuera de ella, y el que te desee para esposa, á mí ha de dirigirse.

JULIAN.

Advertid, madama Doucet, que vos no le sois madre, ni tia, ni parienta: que Luisa no es ya una niña; que está en edad de poder disponer de su mano, mayormente hallándose huérfana, en cuyo caso las leyes dispensan algunos años; y sobre todo que se ha puesto voluntariamente bajo mi proteccion, confiada en

que se practicarán inmediatamente las diligencias para que sea mi esposa. Sabed además que lo seria ya hoy si mi difunto padre no mandase en su testamento que al querer yo tomar estado deba consultarlo con un tio (que no tengo) (*Ap.*) el cual actualmente se halla en la espedicion de Argel. Hoy mismo ó mañana se le escribirá, y como no desea mas que darme gusto en un todo, á vuelta de correo tendré su consentimiento. (A ver si la traga.)

MADAMA DOUCET.

A otro can con ese hueso. ¿Te figuras que á madama Doucet se la engaña tan fácilmente? Todo eso es pura charlatanería y nada mas. Si tus intenciones fuesen puras, en mi casa estaria bien guardada la niña, y de la mia pasaria á la tuya con todo honor. Pero ¿porque me canso en hablar? Vamos á casa, repito.

(Vuelve á cogerla.)

FRANCISQUIN.

No la maltrateis, madama Doucet. Despues de lo que acabo de oir, no puedo

menos de renunciar á su boda. Cásese enhorabuena con quien quiera, que á mí no me faltará muchacha que se contente con ser la compañera de mi suerte: y ya me habria ido de aquí, sino fuese por no dejaros sola. Vámonos pues; y en el supuesto que tan voluntaria como ingratamente os abandona, abandonémosla tambien nosotros, y olvidémosla.

MADAMA DOUCET.

No entiendo yo de eso. Ella está bajo mi potestad, y quiero que me obedezca y me siga. Vamos, vamos.

(Luisa se desprende de ella, y corre á ponerse detrás de Julian.)

LUISA.

Eso no, que me maltrataréis en estando en casa.

MADAMA DOUCET.

¿Con que no tratas de obedecerme?

(Corre tras ella, Julian quiere detenerla, Luisa huye, Francisquin y otras personas detienen tambien á madama Doucet. Luisa asustada se deja caer sobre una silla ó sofá.)

FRANCISQUIN.

Dejadla, dejadla.

LUISA.

¡Ay de mí!

MADAMA DOUCET.

No hagas tonterías. No, yo no te tocaré: te lo prometo. Harta razon tenia Francisquin cuando me desaconsejaba el que yo te dejase cantar en esos teatritos que han sido tu perdicion. A lo hecho no hay remedio: paciencia. Así me pagas la educacion escogida que te hice dar, olvidada de que vale mas vender fruta con honor, que presentarse como una dama quien está lejos de poder aspirar á serlo. Pero á todo esto ¿en qué quedamos? Callas? ¿Te resistes á venir conmigo? ¡Y tú, Francisquin, tú mismo me aconsejas que la abandone y olvide! Pues bien: cúmplase su voluntad y la tuya. Sigue, infeliz, en la brillante carrera que te has abierto tú misma; pero entiende que yo (mas que se rian todas esas buenas alhajas que te rodean) he sido siempre muger honrada, y que habiendo prometido á tu di-

funta madre no perderte de vista, le cumpliré mi palabra en cuanto me sea dable. No habia acudido todavía á la justicia porque no habia podido averiguar aun tu paradero. Ahora verémos quien podrá mas: y si tu edad y el ser huérfana te dan libertad de disponer de tí, te abandonaré al precipicio que te labras, y te dejaré caer en él, por mas que lo sienta; pero si me queda todavia algun derecho sobre tí, volverás á mi poder, y tres mas: y entonces verémos si se ha de hacer mi voluntad ó la tuya. ¡Con que ahora te quedas! Eh! Pues antes de separarme, es muy justo que te deje una memoria mia.

(Se arroja impetuosamente sobre ella, y se agarra del vestido, haciendo lo posible para rasgárselo, y en efecto le rasga algo.)

LUISA.

¡Dios mio!... ¡Madre mia! qué estais haciendo!

MADAMA DOUCET.

Calla, infeliz. No soy tu madre, ni verdadera, ni adoptiva. Olvida para siempre tan sagrado nombre. Huye de mi presen-

cia; pero no olvides mi terrible pronóstico. El que busca su precipicio, nunca deja de caer en él: quien hace un cesto hace ciento; y en fin, quien mal anda mal acaba. Ahora vámonos, Francisquin; que el aire de esta casa es mas pestilente que el cólera morbo. Vamos, pero te lo repito, Luisa: quien mal anda mal acaba.

MIGUELON.

Decís una verdad que la esperiencia me ha hecho ver con harta certidumbre. Jóvenes, no lo dudeis: quien mal anda mal acaba.

(Miguelon durante el tumulto habrá ido adelantándose á la escena, de modo que cuando le toque hablar se halle inmediato al proscenio, aunque á uno de los lados del teatro.)

LUISA.

¡Ay de mí! ¡Que agüero!

(Luisa al oir á Miguelon, vuelve el rostro; viéndole dice su prosa, y queda como desmayada. Muchas personas de las del baile la rodean. Madama Doucet, sin reparar el desmayo á causa de estar ya de espaldas, habrá cogido del brazo á Francisquin, y dando una mirada de horror á todos los circunstantes, se marcha precipitada.)

MADAMA DOUCET.

Vamos Francisquin. ¡Que peste de casa! que horror! que maldades!

(Julian y sus amigos forman un grupo secreteando, y mirando ya á Luisa, ya á madama Doucet, y en esta actitud general cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

# ACTO TERCERO.

(El teatro representa una sala grande con varias puertas. Habrá mesas de juego para rolina, treinta y cuarenta, etc.: á la izquierda una puerta de entrada con un postigo.

(Al levantarse el telon el juego estará muy animado.)

## ESCENA I.

JULIAN, CARLOS, FERNANDO, JUGADORES Y BANQUEROS.

BANQUERO.

Jugar, señores.

PRIMER JUGADOR.

Van 20 francos. (*En la mesa del ecarté.*)

SEGUNDO JUGADOR.

Son mios ya.

BANQUERO DE LA ROLINA.

Ya está hecho el juego.

BANQUERO DE 30 ó 40.

15 y 21, colorada gana, y negra pierde.

BANQUERO DE ROLINA.

No va mas.

JULIAN.

¡Maldita suerte!

BANQUERO.

19, colorada, impar y pasa.

JULIAN.

Que rabia!

CARLOS.

No hay que desalentarse. Ya no puede pasar mas. Van diez y nueve suertes consecutivas. Es imposible.... Haz como yo, todo á la negra.

OTRO BANQUERO.

Jugar, señores.

JULIAN.

Quiero creerte: vaya todo á la negra.

BANQUERO.

El juego está hecho, no se admite mas. 24, colorada, par y pasa.

JULIAN.

Estoy perdido.

CARLOS.

Que desgracia! pero esto no se ha visto nunca. Estoy cierto que esa maldita negra va á salir ahora que no podemos seguirle mas.

LOS BANQUEROS.

Jugar, señores.

(Durante todas las escenas de juego se oirán los banqueros que anuncian á su tiempo las respectivas suertes.)

CARLOS.

Ya ocho ó diez dias que esto dura..... siempre perder! pero dime: ¿será cierto hayas quedado sin recurso?

JULIAN.

Nada tengo absolutamente... Todo lo he vendido ya: no hay quien quiera fiarme un cuarto.

CARLOS.

¡Cuanto lo siento! porque no ignoras que un golpe solo bastaria para variar la suerte.

JULIAN.

¡Maldito sea el dia en que por primera vez me condujiste á tan infame casa!

CARLOS.

Eso sí, échame ahora la culpa. Yo creo que tu caudal estaba ya muy menguante cuando te hice conocer las personas que aquí tienen una tertulia brillante y clandestina; y no puedes negarme que esta casa ha contribuido mucho á darte medios de brillar. ¿Cuanto tiempo hace que estarias sin un cuarto á no ser por el juego?

JULIAN.

Bueno, bueno; déjame. ¡Qué voy á hacer ahora! qué será de mí!

CARLÓS.

¿Y si escribieses á Luisa?

JULIAN.

Como! si acabo de perder lo último

que tenia. Esta mañana me lo ha entregado todo.

CARLOS.

Esto sí que es peor; pero le quedan todavía brillantes, joyas, y bastarán sin duda...

JULIAN.

¡Que idea! hablas perfectamente. Voy á enviar allá sin tardanza. Pero si se los pido, podrá muy bien negarse á dármelos, y casi lo tengo por cierto.

CARLOS.

Hazla decir que venga á encontrarte aquí, participala que acabas de ganar una suma considerable, que quieres conducirla á un gran visiton. Bajo este supuesto, es regular que venga con todos sus adornos, y entonces estando aquí no podrá negarse á ello.

JULIAN.

Dices bien. Señor Antonio, señor Antonio. (*Llamando.*)

## ESCENA II.

DICHOS Y ANTONIO.

ANTONIO.

¿Qué se ofrece?

JULIAN.

Recado de escribir.

ANTONIO.

Al instante.

JULIAN.

En este intermedio podrémos seguir la serie, de modo que juguemos á golpe seguro. (*Se pone á escribir.*)

CARLOS.

Ganarémos seguramente. Apostarémos cuanto poseo... En verdad que no tengo nada; pero es solamente por decir...

JULIAN.

Ya he concluido: ahora falta que el señor Antonio haga llevar este billete donde dice el sobrescrito.

ANTONIO.

Quedaréis servido. (*Vase.*)

## ESCENA III.

DICHOS, MENOS ANTONIO.

BANQUERO.

El juego está hecho, no se admite mas: 16, negra, par y falta.

CARLOS.

Y bien! ¿Oyes si sale como te decia? El cálculo es infalible: debíamos continuar, y el golpe era nuestro. Tengo allá mi naipe, voy á picar todas las suertes y verás que golpe vamos á dar.

(Cárlos va á sentarse á la mesa de la rolina con un naipe en la mano, que picará en cada suerte.)

JULIAN.

En menos de un año he acabado con un caudal que se me figuraba inagotable. ¡Qué voy á hacer ahora si la suerte continua en serme contraria! No soy bueno para nada: las malas noches, las bebidas, los escesos, los banquetes, todo ha estragado mi salud. El pecho se me abrasa.

(Pasa un criado con una sotacopa.)

JULIAN.

Un ponche..... (*Le toma y bebe.*) Ah! porque no seguia yo los consejos de Miguelon!... Ah, Miguelon!

## ESCENA IV.

DICHOS Y MIGUELON.

MIGUELON.

Aquí estoy. (*Dándole un golpecillo en la espalda.*)

JULIAN.

Ola! ¿Qué es esto? ¿Sois acaso algun duende que me sigue continuamente adivinando mis pensamientos?

MIGUELON.

Hablais tan recio... que es preciso ser muy sordo para no oiros.

JULIAN.

¿Con que me oisteis?

MIGUELON.

Sí, y os digo que no es poco el dar cabida á los remordimientos; pero esto no basta: seria preciso tener valor para

pararos en medio de vuestra carrera, y por medio de una conducta ejemplar y laboriosa borrar de la memoria de los demas la que tuvisteis hasta ahora.

JULIAN.

¿Y no podré saber por que motivo os brindais á darme semejantes consejos, sin que yo os los pida?

MIGUELON.

Mi conciencia solo es la que me induce á dároslos; la vuestra deberia llevaros á seguirlos. Decidme: ¿qué se han hecho en los meses que median desde la muerte de vuestro padre esos capitales que el difunto habia reunido á costa de tantos sudores? todos han ido á parar en poder de libertinos, viciosos y coquetas imprudentes... ¿Cuales son hoy dia los parajes que frecuentais? los garitos y casas de juegos clandestinos en donde puede presentarse la policía á la hora menos pensada. ¡Que conducta tan diversa observa Francisquin! No tenia nada entonces el pobre muchacho, y ahora se halla con un empleo de las mejores fábricas de esta vi-

lla: amaba á una muchacha con quien iba á casarse, y al mismo paso que vos se la habeis robado para deshonrarla, él ha cuidado de la anciana y desgraciada muger que la servia de madre. Trabaja con un ardor infatigable, y os está presentando un ejemplo que debierais haber seguido... Pero todavía estais á tiempo: es verdad que subisteis ya los tres primeros escalones que conducen al lugar de la afrenta y del escarmiento... mas todavía os queda el honor ileso; y con este y aplicacion al trabajo se puede ir con la cara descubierta. Animo, señor Julian. Una buena resolucion. Creedme. Mis consejos son muy desinteresados; pero muy útiles.

JULIAN.

¡Yo trabajar! ¿Podria emprender un género de vida laboriosa?...

MIGUELON.

¿Y porque no? ¿Acaso no teneis dos buenos brazos como otro cualquiera? ¿Como pues recelais que os falte la subsistencia? Poneos á limpiar botas. (*Julian le*

*mira con desden.*) Qué! ¿Os parece alguna bajeza? ¡A cuantos conozco yo entre los que ejercen esta industria que son mas dignos de estimacion que algunos que se las hacen limpiar!

TERCER JUGADOR.

500 francos al paroli.

JULIAN.

Esta es una chanza indecente y muy fuera del lugar.

BANQUERO.

Doble cero, negra.

JULIAN.

Déjeme V. señor Miguelon.

TERCER JUGADOR.

Ah! suerte infame!

MIGUELON.

Tanto peor (*Se levanta y marcha desesperado.*) para vos, si tomais como á chanza pesada lo que solo es una verdad pura y lisa. Esto me da fundado motivo de recelar que, en vez de retroceder, subirécis todavía otros escalones.

(Se oye un pistoletazo y todos los jugadores se

levantan espantados : luego se vuelven á sentar prosiguiendo como antes el juego.)

JULIAN.

¡ Qué será esto !

MIGUELON.

Nada, nada. Un jugador desesperado que se ha ido á jugar al otro mundo. Este á lo menos evita el cadalso.

## ESCENA V.

DICHOS Y ANTONIO.

( Este habla con varios jugadores y les da los pormenores del suicidio, lo que se conocerá por sus ademanes. )

JULIAN.

¡ Dios mio !

BANQUERO.

Jugar, señores. El juego está hecho, señores.

PRIMER JUGADOR.

40 francos.

SEGUNDO JUGADOR.

Van.

MIGUELON.

Mirad, miraos en este espejo: los que tal vez van á suceder al que acaba de suicidarse, ni menos hacen caso de lo que ha ocurrido; y no hay remedio: estos son los recursos de los jugadores. El suicidio, ó el robo; y entonces... Esta es la marcha ordinaria.

JULIAN.

Basta, basta... Dejadme.

MIGUELON.

Reflexionad bien lo que os digo.

JULIAN.

Dejadme, por Dios; dejadme.

(Miguelon se retira, y los que atraviesan toman naipes.)

JULIAN.

Un vaso de ponche. Luisa viene: no está perdido todo.

## ESCENA VI.

JULIAN, ELOMIRA y LUISA.

LUISA.

Por Dios, no me dejeis, Elomira.

ELOMIRA.

Perded cuidado.

JULIAN.

Os aguardaba con impaciencia... Tengo que hablaros.

LUISA.

¡Que agitado os encuentro! Con vuestro billete me anunciabais que la suerte en fin se habia declarado en favor vuestro.

JULIAN.

Sí..... al principio..... pero los dados pronto se mudaron; y es preciso que me ayudeis á recuperar lo perdido.

LUISA.

¿Y como? Sabeis que os entregué cuanto tenia.

JULIAN.

Sí, pero esos diamantes de nada os sirven.

LUISA.

¿Y pretenderéis tambien...

JULIAN.

Que me los presteis por algunos instantes.

(Elomira hace señas á Luisa paraque no ceda.)

JULIAN.

¿Vos me haceis resistencia, Luisa?... Vos?

LUISA.

Es que luego no podré presentarme en paraje alguno... Ya veis.

JULIAN.

No quiero réplicas. Dadme pronto los diamantes.

LUISA.

No es este el modo de reducirme á que os los dé.

JULIAN.

¿Con que intentais oponeros? Vos me precisais á que démos un escándalo.

LUISA.

Ah! ya lo veo; no hay remedio. ¡Esas son las brillantes promesas que el otro dia me hicisteis delante de madama Doucet! ¡Este el rango á qué queriais elevarme! Insensata! ¡Cuan claro veo el precipicio que me labré yo misma! En los pocos dias que os conozco, habeis jugado cuan-

to teniais: quereis ahora desposeerme de las joyas con que procurasteis alucinarme á los primeros dias de vuestra seduccion... Pero ya cayó el velo que me cegaba. Aun cuando ese tio que decís que está en Argel consintiese en nuestro casamiento, ¿podria consentir yo? ¡Que suerte me cabria!... Esposa de un jugador desesperado, no habria para entrambos un instante de tranquilidad... Ah! No: ya lo veo. Mi daño es irremediable; pero huyendo de vos, será del mal el menos.

JULIAN.

¡Huir de mí! ¿Y presumes poder verificarlo?

LUISA.

Seguramente.

JULIAN.

Pues no lo creas. No te me escaparás.

(Cogiéndola del brazo, y estrechando el puño con violencia.)

LUISA.

Que me haceis daño... soltad.

JULIAN.

Los diamantes.

LUISA.

Que me estropeais el brazo.

JULIAN.

Los diamantes, repito : los diamantes.

LUISA.

Ay ! ay ! ay ! (*Dando un fuerte grito.*)

ELOMIRA.

¿Qué estais haciendo? Soltadla.

JULIAN.

Esto no es de vuestra incumbencia. Dejadnos. (*Elomira se retira.*)

LUISA.

Julian! por Dios! Julian...

JULIAN.

Los diamantes, aleve; los diamantes.

LUISA.

Tomadlos, y acabad de atormentarme. Ahí los teneis, señor mio; (*Se los da.*) y con esto quedo libre de vuestra dependencia. Ay madre! ay madre mia! que tarde conozco la verdad de cuanto me deciais! Mas vale ser frutera con honor, que esposa de un calavera.

JULIAN.

Calla : que nadie nos oiga.

LUISA.

No quiero nada mas con vos. Correré á los pies de madama Doucet... le pediré perdon...

JULIAN.

No, no; te casarás conmigo. Es tiempo de hablarte claro : nunca me habia pasado por la imaginacion unirme á tí en casamiento. No tengo tio alguno en Argel ; cuanto te decia sobre tus bodas, fue para reducirte á mi voluntad ; pero esa misma obstinada resistencia que constantemente has hecho á mi seduccion y á las insinuaciones de las personas que te rodeaban, y que estaban pagadas por mí para hacer que cayeses en el lazo, ha aumentado mas mi pasion ; y el casarme contigo es ya en el dia un empeño. Rico ó pobre, arruinado ó en próspera fortuna, serás mi esposa ó te quitaré la vida. Si accedes á lo que te propongo, abandonaré el juego. Sí : nos irémos á Burdeos ó á paises lejanos, y allí buscaré alguna colocacion

con que se coma; pero ahora deja que me desquite de mis pérdidas: á lo menos de las de hoy, pues es imposible que la suerte prosiga aun en serme contraria.

LUISA.

O irá la soga tras el caldero. (No me pescas ya.) (*Aparte.*)

JULIAN.

No lo creas. Antonio, Antonio. (*Llama.*) Pero te lo repito, Luisa; no pienses en abandonarme. No me conoces aun: seguramente te costaria la vida. Antonio, acompañadme. Quiero dinero sobre estas prendas. (Aguárdame aquí.) (*A Luisa.*)

ANTONIO.

Venid conmigo. (*Vanse los dos.*)

## ESCENA VII.

DICHOS, MENOS JULIAN Y ANTONIO.

(Los jugadores siguen jugando, y los banqueros anunciando las respectivas jugadas. Elomira, viendo irse Julian, se acerca.)

LUISA.

Ah! que monstruo! que malvado! ¡Yo habia de casarme con él!..... De ningun modo. Elomira, Elomira, todo ha ido á empeñarlo.

ELOMIRA.

¿Pero porque cedisteis?

LUISA.

Era capaz de matarme; pero ya acabó para mí. En derechura me voy á la casa de madama Doucet... No, primeramente pasaré á la vuestra: allá dejaré este trage que me vistió un engaño, al que vos contribuisteis no poco pasando por prima de este aleve, y dándome unos consejos que me habrian perdido enteramente... Todo lo sé... todo me lo ha dicho. En vuestra casa me pondré el trage que

traia cuando me dejé robar, y con él me postraré á las plantas de madama Doucet; la pediré perdon; le contaré cuanto me ha pasado, y una muger tan buena no me desamparará.

ELOMIRA.

Veo que teneis muy poderosos motivos para plantar á Julian, y estoy muy lejos de quereros aconsejar que hagais causa comun con un miserable; pero no me parece que sea de despreciar la buena ocasion que se os ofrece por los cabellos, para manteneros honrada y ser rica á un mismo tiempo. A mí me habia alucinado la vida libre, y fuí una de las que engañó Julian en la época de su prosperidad, y por no tener con que subsistir y temiendo la miseria no supe resistirme á contribuir á sus calaveradas, porque me mantenia con lujo; pero he podido reflexionar á mis solas, y habiéndose presentado cierto forastero que tiene poca malicia y bastantes bienes para poder pasarlo con decencia, me he valido de cierta amiga en cuya casa nos vemos, y en una palabra,

está tratado nuestro casamiento, con lo que voy á abandonar esta vida.

LUISA.

Pero ¿qué quereis decir con todo eso?

ELOMIRA.

Que lo mismo podeis hacer vos, y con mas ventaja. ¿No teneis á ese jóven americano que manifiesta tantos deseos de casarse con vos, como os aparteis de Julian? El os sigue donde quiera que vayais; todas las mañanas os envia ramitos de flores, recados, esquelas... ¿Quieres creerme? Vamos hoy al paseo de Luxemburgo. Sabeis cuantas veces os ha pedido que fueseis allí para hablaros con entera libertad y ver de decidiros á que le déis la mano de esposa antes que parta para Italia, á donde dice que sus asuntos le llaman dentro de pocos dias.

LUISA.

Ah! Eso no... Julian...

ELOMIRA.

¡Con que le quereis todavía!

LUISA.

Quererle! despues de lo que acaba de decirme! despues de haberme confesado que nunca pensó en ser mi esposo! que lo que intentaba únicamente era hacerme víctima de sus pasiones! que todo cuanto me decia eran solo medios de seduccion para perderme! No: no le quiero; le abomino. Al contrario, desearia admitir las ofertas que me hace ese americano, que parece muy amable y que sin duda se casaria comigo; pero, os lo digo claramente, me espanta Julian.

ELOMIRA.

¿Y qué es lo que temeis de él?

LUISA.

Sus zelos, su venganza, su desesperacion. Si ve que me retiro bajo la proteccion de madama Doucet, mi segunda madre, no podrá hacer gestion alguna; porque puedo juraros y juro ante el supremo Dios que nos escucha y nos ha de juzgar, que á pesar de lo que podrian indicar las apariencias, de haber vivido algunos pocos dias mantenida por él, mi

honor está ileso, y no tiene ese calavera derecho alguno sobre mi persona por ningun estilo : pero si viese que le dejo por otro..... Ah! Es un arrebatado y le considero capaz de todo... ¡Si ahora mismo le hubieseis oido!...

ELOMIRA.

Necedades, tonterías. Reíos de él. Un marido determinado sabria poneros al abrigo de toda su cólera. Por otra parte, ¿qué habria de malo en que dejaseis la Francia? Ese americano no volverá seguramente á Paris.

LUISA.

Es verdad.

ELOMIRA.

Pues bien : veníos conmigo al Luxemburgo : él se presenta, se esplica, os haceis de rogar, y si vemos que lleve buenas intenciones, se le dice que vos no os resolveis á dejar lo cierto por lo dudoso, abandonando al que os sacó del poder de vuestra madrina porque ofreció casarse con vos, á no ser mediante que él antes que acabe el dia de mañana os haya he-

cho legítimamente su esposa. Sois libre; y con dinero se abrevia fácilmente el tiempo de las proclamas y demas ceremonias. Vemos por donde resuella, y si contesta conformándose, os casais, salís de Paris, y dejais enteramente burlados los furores y el frenesí de Julian. ¿Qué podeis aguardar de él ahora? Su posicion debe empeorar cada dia; y por mas que os manifestaseis sumisa y obediente con él, aunque consintieseis en el desatino de darle la mano, no por eso os librariais de sus violencias durante mucho tiempo, porque las pesadumbres y la desesperacion le conducirian indispensablemente á los mayores escesos.

LUISA.

Decís muy bien, y me casaré gustosísima con el americano, como me saque pronto de Paris... Temo mucho à ese Julian; y las últimas palabras que me dijo madama Doucet me están siempre presentes á la memoria. Sí, ellas suenan siempre en mis oidos: *quien mal anda, mal acaba.* Ah! sí.

ELOMIRA.

Silencio, Julian llega.

## ESCENA VIII.

DICHOS Y JULIAN.

JULIAN.

¿Mil escudos? (*Contando el dinero.*) Es mas de lo que se necesita para pillar otra vez la suerte. Sosegaos, Luisa; y aguardadme aquí un rato: en menos de medio cuarto de hora te devuelvo los diamantes. Y bien, Cárlos: ¿que color he de tomar? (*Llegándose á Cárlos.*)

CARLOS.

Negro, pues lleva veinte y dos jugadas consecutivas el colorado. Este es golpe seguro.

BANQUERO.

El juego está hecho, señores: no se admite nada mas.

JULIAN.

Aguardad un instante: 1000 francos á la negra.

ELOMIRA.

Aprovechemos el momento en que está embebido con el juego, para escaparnos.

LUISA.

¿Y si nos ve?

ELOMIRA.

Perded cuidado: no se acordará de nosotras mientras haya dinero.

LUISA.

A vos me entrego. Vámonos.

## ESCENA IX.

DICHOS, MENOS LUISA Y ELOMIRA.

BANQUERO.

29, colorada, impar y pasa.

JULIAN.

¡Maldita suerte! (*Rabioso.*)

CARLOS.

Es imposible que esto siga así.

JULIAN.

Pues bien, este golpe lo decide todo.

BANQUERO.

No se admite mas.

JULIAN.

No acierto á respirar... ¡Oh desgracia! la colorada! ¡Con que no hay remedio... ¡Que no me parta un rayo!

CARLOS.

Hombre, reprímete.

JULIAN.

¡Que me reprima! Ah! no! la muerte.

CARLOS.

Este es el último de los remedios, y yo todavía tengo otros.

JULIAN.

Otros? cuales? Dímelos pronto.

CARLOS.

Sí, otros.

JULIAN.

¿Qué dices? Esplícate.

CARLOS.

No hables tan recio. (*Llevándoselo ap.*)

JULIAN.

Manifiéstamelos.

CARLOS.

Cuando estés mas sosegado.

JULIAN.

Ya lo estoy. ¿Y son medios seguros? mas seguros que cuantos hemos empleado hasta ahora?

CARLOS.

Infalibles.

JULIAN.

¿Y nos harán recobrar el oro que hemos perdido?

CARLOS.

Y mas todavia.

JULIAN.

Esplícate pues.

CARLOS.

Mira.

JULIAN.

¿Qué es lo que contiene este paquete?

CARLOS.

Pólvora.

JULIAN.

¿Y qué quieres hacer con ella?

CARLOS.

¿No lo aciertas?

JULIAN.

Harto creo penetrar tu intencion.

CARLOS.

Mira: colocado esto debajo de la mesa, cuando esa esté cubierta de oro se inflamará, reventará, y aprovechando nosotros el momento del alboroto...

JULIAN.

Infeliz!

CARLOS.

¡Ahora me vienes con escrúpulos!... ¿No se trata de nuestro propio caudal? Si intentásemos apoderarnos del ageno.....

JULIAN.

Calla, no, jamás: no consiento en ello.

CARLOS.

¿No consientes? ¡Cuantas resistencias como la tuya he visto ya en el curso de mi vida! Pero son los últimos suspiros de eso que llaman virtud. No seas tonto. Robar á los que nos han robado, es peque-

ño delito : en una palabra, dame inmediatamente otro remedio para sacarnos de apuro, y renuncio á este. ¿Qué me respondes? ¿Lo encuentras? Habla.

JULIAN.

Yo, no; pero nunca consentiré.

CARLOS.

Es que no necesito de tu licencia. Yo voy á dar el golpe; tú aprovéchate de él si quieres, y sino tu alma en tu palma.

JULIAN.

Hombre, ¡qué intentas! Desiste de esa idea, detente.

CARLOS.

No te escucho; pero corre, corre á delatarme si tienes valor para ello.

JULIAN.

¡Que horror!

CARLOS.

Déjame hacer. (*Se dirige hácia la mesa del juego.*)

UN JUGADOR.

Hombre ¿qué hace V.?

OTRO.

Señalo el rey.

PRIMERO.

V. no lo tenia.

SEGUNDO.

Sí señor.

PRIMERO.

Miente V.

VARIOS JUGADORES.

Insolente! (*Le tiran los naipes á la cara.*)

(Se oye llamar de un modo misterioso. Los golpes van acercándose gradualmente... Banqueros y jugadores se levantan asustados. Al primer golpe el banquero dice *chiton*, y al segundo se dirige hácia la puerta.)

BANQUERO.

La policía!

TODOS.

La policía?

CARLOS.

Fatal contratiempo!

JULIAN.

Respiro.

BANQUERO.

Pronto, pronto, quitar las mesas: sacad los instrumentos, y colocarse todos del modo que tenemos ensayado para estos lances.

(Llaman á la última puerta, y se oyen estas palabras: *Abran al Rey.*)

BANQUERO.

Pronto, pronto: vaya un wals.

## ESCENA X.

DICHOS Y LA POLICIA.

(Preséntase un comisario, con toda su comitiva; pero á su llegada no encuentra mas que una sala de baile, varios jugadores y señoras que están bailando. Esta y todas las variaciones desde que llama la policía hasta concluir el acto, se hacen con mucha rapidez.)

COMISARIO.

Registradlo todo con la mayor escrupulosidad.

BANQUERO.

¿Se puede saber, señor comisario, el motivo de esta visita en mi casa?

COMISARIO.

Yo obro en virtud de las órdenes que se me han comunicado. Si vuestra conciencia no os remuerde nada, ¿qué teneis que temer?

BANQUERO.

Aguardo muy tranquìlamente el resultado de vuestras averiguaciones.

(Los empleados de la policía vuelven á salir.)

FERNANDO.

Estaban avisados. (*Aparte al comisario.*)

COMISARIO.

Bueno, bueno; retirémonos.

(Fernando hace señas de inteligencia al comisario, de modo que nadie lo advierta.)

COMISARIO.

Pueden Vds. continuar bailando, señores; no les hemos interrumpido mucho tiempo: vámonos.

(El banquero acompaña al comisario hasta la puerta: los unos siguen balsando, mientras otros se colocan á la ventana para mirar.)

BANQUERO.

Y bien, Antonio, ¿que tal?

ANTONIO.

¿Que tal? El viento los lleva; han dado ya la vuelta á la otra calle.

BANQUERO.

En tal caso, mientras sigue por un rato la música, volvamos á la tarea.

CARLOS.

Ahora viene la nuestra.

JULIAN.

Ah! no, detente.

CARLOS.

¿Qué tienes?

JULIAN.

¿Con que no renuncias á tu maldita idea? Ya lo veo.

CARLOS.

Será preciso renunciar á ella, pues estás temblando.

JULIAN.

Vámonos pues.

CARLOS.

No, no; acabo de encontrar un napoleon de oro en el fondo de mi chaleco.

JULIAN.

¿Un napoleon de oro? ¡Será posible! A ver.

CARLOS.

Míralo, queria sin decirte nada jugarlo y sorprenderte.

JULIAN.

Es verdad... dámelo, dámelo.

CARLOS.

Tómalo (eso es lo que yo queria) (*Ap.*): procura á tener buena suerte; yo no quiero aconsejarte ya que color has de elegir.

JULIAN.

Ah! Confio con él aun desquitarme.

CARLOS.

Dalo por cierto.

(Julian va á jugar. Carlos se introduce entre la muchedumbre, y se le ve como arroja un cohete debajo la mesa despues de haberle pegado fuego, cuando el banquero dice:)

BANQUERO.

No se admite nada mas: el juego está hecho.

(Aquí se oirá una terrible esplosion, lo que ocasiona un asombro general: todo es gritar, huir, tropezar unos con otros, con la mayor confusion. Se verá como Cárlos se arroja sobre el oro, llena un pañuelo y va á huir arrastrando á Julian, cuando las puertas se abren á la fuerza, y se vuelve á presentar la policía.)

COMISARIO.

Alto todo el mundo. Apoderarse de las puertas: que nadie pueda escaparse.

CARLOS.

Estámos perdidos. (*Aparte á Julian.*)

JULIAN.

¿Por donde huirémos?

MIGUELON.

Por allá. (*Señalando la ventana.*) Ya os dije que estabais en el tercer escalon.

(Banqueros y jugadores quieren hacer resistencia: pero se pasa á usar de la fuerza, y los soldados cruzan las bayonetas. Julian y Cárlos se aprovechan del tumulto y saltan por la ventana.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

# ACTO CUARTO.

(El teatro representa una esquina de calle. En el fondo una ala de casas cortada al sesgo. En el lado estrecho que separa las dos calles que están enfrente los espectadores, habrá un balcon en el primer piso, un banco de piedra debajo, carteles y anuncios medio rasgados en la pared, entre el banco y el balcon otros carteles, encima de los cuales se verá una grande S hecha con carbon. La pared de un jardin formará calle a la pared de la derecha en el fondo, haciendo continuacion de la ala de la casa, á la izquierda la casa misma con puerta cochera formando calle. Otras casas á derecha é izquierda hasta el proscenio. Un farol sostenido por un poste que estará unido á la pared del jardin.)

---

## ESCENA I.

LACALLE y FERNANDO EN TRAGE DE ESPORTILLEROS CON UNA ESPORTILLA.

LACALLE.

Este es el sitio.

( Sale él primero , y se sienta en el banco.)

FERNANDO.

Aquí está , tenias razon : he aquí un farol harto mal colocado.

(Despues de haberse paseado por delante de las casas, que examinará atentamente.)

LACALLE.

Yo te habia dicho muy bien que era preciso apagarlo.

FERNANDO.

Roberto queda encargado de ello.

LACALLE.

Luego que haya pasado la patrulla que debe hacer su primera ronda , verás como cumple su promesa : sobre que la está acechando á su salida del cuerpo de guardia , á fin de podernos indicar la marcha que tome.

FERNANDO.

Parece que todos duermen ya como unos santos.

LACALLE.

No, no; todavía tienen que entrar dos personas: el mancebo principal, es decir, el cajero con una vieja que creo que es su madre. Roberto les ha visto, y no sé en que paraje.

FERNANDO.

Las funciones de teatro deben de estar concluidas ya, pues es mas de media noche.

LACALLE.

Se habrán parado á tomar algo en alguna fonda: la vieja tiene la costumbre de cenar; pero pronto estarán de vuelta.

FERNANDO.

Conviene que no nos encuentren debajo de este balcon.

LACALLE.

El cochero de la media-fortuna que tengo yo reclutado, les conoce: es un camarada que sabe como se manejan estos

asuntos. Nos hará saber cuando vuelvan, y luego irá á tomar su carruaje y vendrá á colocarse de modo que se pueda apoderar del gato en caso de susto.

FERNANDO.

Veo que todavía tenemos tiempo para fumar un cigarro.

(Fernando ofrece un cigarro á Lacalle; entrambos se ponen en actitud de esconderlo, cuando se oye cantuzar alguna tonada conocida.)

LACALLE.

Ya tenemos ahí á Roberto.

FERNANDO.

Veamos. (*Miran á la esquina.*)

## ESCENA II.

LOS DICHOS Y ROBERTO EN TRAGE DE ENCENDEDOR DE FAROLES.

ROBERTO.

Ah! ya veo la S que hice con carbon.

(Dirigiéndose al banco. Lacalle hace una seña tosiendo, y Roberto corresponde á ella.)

ROBERTO.

Ola! Aquí están los camaradas. Chi-

cos, no tenemos lejos la patrulla; van á dar la vuelta por esta calle y luego nos dejarán con sosiego.

FERNANDO.

Escapemos. (*Vanse.*)

LACALLE.

Yo me quedo aquí, que no hay riesgo alguno: les diré cuatro palabras. Vosotros os meteréis por ahí detrás, y luego volveréis por otra calle.

(Se oyen los pasos de la patrulla que se acerca á Lacalle, el cual parecerá que no puede cargar con su esportilla.)

## ESCENA III.

LACALLE Y LA PATRULLA.

CABO.

¿Qué estais haciendo ahí?

LACALLE.

Descanso, señor militar, descanso, porque todavía hay muy buen trecho, como veis, de aquí á la plaza, á donde tengo que llevar toda esta fruta. Si gustais, por

una ó dos no se conocerá : sin cumplimiento.

(Levanta la paja que cubre la fruta.)

CABO.

Gracias.

LACALLE.

¡Si hubiera alguna buena alma que me quisiera ayudar á cargar la esportilla!

(Uno de los soldados le ayuda á cargar.)

LACALLE.

Gracias, camarada. Parece que os encaminais á la barrera.

CABO.

A lo menos á la plaza de la Concordia.

LACALLE.

No cansarse, amigos; yo voy á buscar atajos para llegar mas pronto al arrabal.

CABO.

Adelante : buenas noches.

(Marcha la patrulla.)

(Lacalle se va con su esportilla por el lado opuesto, mirando hácia atrás de cuando en cuando. para observar como los soldados se alejan.)

## ESCENA IV.

DICHO, FERNANDO Y ROBERTO.

ROBERTO.

Por fin se fueron.

FERNANDO.

Ya era hora.

LACALLE.

¡Y el maldito mancebo, que no quiere volver con su vieja!

ROBERTO.

Yo me figuraba que estarian ya acostados hace mas de una hora.

LACALLE.

Ese demonio va á hacernos rabiar un buen rato. Si acompañase á alguna jóvencita, vaya, era cosa de podérsele perdonar; pero un vejestorio...

ROBERTO.

Yo no puedo apagar el farol antes que ellos hayan entrado.

FERNANDO.

Aquí no hay mas que tomar paciencia:

entretanto distribuyamos los puestos.

LACALLE.

Tú bajarás conmigo al jardin; como yo tengo el cuño de todas las cerraduras, las llaves abrirán perfectamente : el comedor da sobre dicho jardin; subirémos al salon, y de allí pasarémos al cuarto donde trabaja el banquero... allá arriba. (*Señala al balcon.*) La caja está en un grande armario metido en la pared. Tú abrirás esa ventana en el ínterin que yo haga saltar los candados del cofre del dinero : Roberto recibirá los talegos desde aquí : el cochero vendrá á tomarlos... ¡Si tuviéramos otro hombre para llevarlos hasta el carruaje!

FERNANDO.

¿No me habias dicho que Cárlos...

LACALLE.

Ese tenia que ir al garito de la calle de santa Ana, en donde habrá encontrado algun pobre recien venido, que sabrá desplumar lo mismo que á un pavo gordo : con que no hay que contar con él.

ROBERTO.

No importa, ya nos compondrémos.

VOZ.

Contra los males de la vida
A todos oigo declamar,
Pero hasta aquí muy divertida
La tuve siempre con fumar. (*Canta.*)

ROBERTO.

Bueno! Esta es la seña: el mancebo principal del banquero entra ya con su vieja; alerta todos.

(Roberto se pone sobre la cabeza la caja de encender faroles. Lacalle se va con su esportilla, Fernando se echa sobre el banco, y en este intermedio sale el cochero, que mira por todas partes.)

## ESCENA V.

DICHOS Y EL COCHERO.

COCHERO.

El marinero y el soldado
En desazon suelen estar;
Pero se alivia su cuidado
Luego que empiezan á fumar. (*Canta.*)

(Esto lo canta paseándose, mientras los otros se retiran y están ocultos, y él hace lo mismo luego que oye ruido.)

## ESCENA VI.

DICHOS, MENOS EL COCHERO; Y LUEGO MADAMA DOUCET Y FRANCISQUIN.

FRANCISQUIN.

Ya os lo habia dicho: si me hubieseis creido no estariais tan cansada.

MADAMA DOUCET.

No es que me halle cansada, Francisquin, sino que el maldito reumatismo me persigue mas de noche que de dia. Yo trataba de echarle fuera andando, pero tengo un demontre de callo en el pie que me hace rabiar.

FRANCISQUIN.

Harto lo veo, pues cojeais: ¿cuanto mejor hubierais venido en ruedas?

MADAMA DOUCET.

Toma! gastar dinero á la ida y á la vuelta! No, no, querido Francisquin;

harto haces con esta pobre anciana, y no quiero arruinarte.

FRANCISQUIN.

No estámos en este punto.

MADAMA DOUCET.

Ya se ve! toma! sabes lo que has gastado hoy! una famosa comida! luego por la noche el teatro, que no es muy barato, pues me has colocado en un asiento que parecia una dama! y digo, la cena ha sido moco de pavo! Amigo mio, esto es mucho.

FRANCISQUIN.

Vamos, vamos, madama Doucet, que no todos los dias son el de vuestro santo.

MADAMA DOUCET.

¡Cuanto te debo! Sin tí ¡qué seria ya de mí en este mundo! Tú eres el único que me conserva cariño, pues me hallo sola, sin parientes ni adherentes.... Ah! no contaba yo llevar esta vida; pero á escepcion de tí, todos me han abandonado.

FRANCISQUIN.

Dejémonos ahora de recuerdos funes-

tos, madama Doucet; nunca los podeis apartar de vuestra memoria.

MADAMA DOUCET.

¡Como quieres que me olvide de esa infeliz que yo miraba como á hija propia! ¡Que pasos no hemos practicado para arrancarla del precipicio que ella misma se ha labrado! Pero ¿quien puede sujetar una mala inclinacion? Esa muchacha me ha hecho perder toda la alegría que formaba mi carácter; y si no fuese por el buen cuidado que tienes de mí, el sentimiento y las pesadumbres habrian acabado ya con la pobre madama Doucet. ¡Ay querido Francisquin! cuando la picarona me ha plantado, tú has querido ser mi consuelo, y habiendo podido colocarte de mancebo principal en casa de ese banquero, has querido que viniese á vivir contigo y me tratas como si fuese tu propia madre.

FRANCISQUIN.

Dejaos de eso, madama Doucet. Retirémonos que es tarde y el sereno puede dañaros: sobre todo, no acabemos con

ideas lúgubres un dia de tanto placer.

MADAMA DOUCET.

No hay remedio; hay momentos en que uno reventaria si no pudiese desahogarse.

FRANCISQUIN.

Vamos, vamos.

MADAMA DOUCET.

Sí, pero ahora no sea que vayas á pasar la noche registrando papeles.

LACALLE.

No nos faltaria mas que esto.

(De la esquina.)

FRANCISQUIN.

No, no, todo lo tengo arreglado, y quiero acostarme.

MADAMA DOUCET.

Yo tambien, que tengo sueño. ¿Traes la llave?

FRANCISQUIN.

Sí, aquí está.

(Abre la puerta y se entran.)

## ESCENA VII.

FERNANDO, ROBERTO, LACALLE, Y LUEGO JULIAN Y CARLOS.

FERNANDO.

Vamos pues á la empresa. Pero alguien se acerca.

(Se oye ruido en el fondo.)

LACALLE.

Parece que el diablo lo quiere enredar todo esta noche.

JULIAN.

Un millon daria por poderme vengar.

CARLOS.

Y lo mejor es que no tienes un cuarto.

(Sale con Julian.)

JULIAN.

Muger infame! me ha visto, me ha visto; no lo dudes.

ROBERTO.

Ese es Cárlos. (*A Lacalle.*)

JULIAN.

¡Que mayor prueba que haber perdido

el color al subir en el coche! No sé que revolucion repentina he esperimentado entonces en toda mi persona. El ponche que he bebido, la rabia, el furor, todo se me ha subido á la cabeza y he perdido el mundo de vista. Esto es lo que la ha salvado. Ah! si yo hubiese tenido esa maldita pistola!

CARLOS.

Sí, la pistola, que se te cayó de las manos cuando al salir de aquel garito quisiste matarte. ¡Pobre gallina! Para los lances apurados es el valor.

JULIAN.

Cuando yo te decia que ese americano era quien actualmente privaba con ella, bien sabia lo que me hablaba; pero es preciso que esa muger sea loca. Bien puede conocer mi carácter... ¿Quien la librará del furor de mis zelos?...

CARLOS.

No te faltaba otra cosa que dar ahora en zeloso. El que pierde su dinero, ¿qué puede exigir de una muger que no es su esposa?

JULIAN.

Te repito que debe temerlo todo de mis zelos : siempre he sido en este particular...

CARLOS.

Arrebatado. Esto ya lo decia ella muchas veces.

JULIAN.

Sí, arrebatado. Yo te juro que le pesará de la partida que me ha hecho.

CARLOS.

Pero hombre, es preciso que seamos justos. El americano está riquísimo, y tú actualmente ya ves...

JULIAN.

No importa, me la pagarán ; no hay remedio : sé en donde vive, y es casa que en otro tiempo habia sido mia.

CARLOS.

No les hubiéramos seguido cien pasos sino me hubiese ocurrido la idea de encajarnos á la trasera del coche.

JULIAN.

Sí, lo mismo que un lacayo, al paso que la aleve...

CARLOS.

¡Miren que cosa! Cuando no se tiene con que pagar un carruaje para seguir á los que andan en ruedas, no hay medio mas espedito que el que hemos tomado... pero aguarda un poco, que el amor, los zelos y la venganza no deben hacerme olvidar lo que mas importa ahora... Sí, este es el punto. (*Registra la escena.*) Aquí está el banco, allá el balcon, la grande S señalada en la pared... Vamos: este es el lugar de la cita.

LACALLE.

Que imprudencia! (*Aparte á sus compañeros.*)

CARLOS.

Ya te dije lo que íbamos á hacer.

JULIAN.

Pero yo no puedo consentir en ello.

CARLOS.

Si tú tuvieses ya los treinta ó cuarenta mil francos que pueden resultar de esta maniobra, Luisa fuera tuya todavía. Pero ¿si habrémos hecho tarde? No, no, aun

veo luz, bueno, bueno. (*Se apaga la luz.*) Parece que he hablado á tiempo; acaban de ponerle su gorro de dormir. Pero ¿en donde diantre se habrá metido mi gente?

(Registrando la escena.)

JULIAN.

Vamos, Cárlos; yo no quiero ser cómplice en este robo.

CARLOS.

Calla tonto, que todos son camaradas nuestros. Fernando, Roberto, Lacalle...

ROBERTO.

¿Que locura hicistes en comprometernos? Pero vamos, Julian, ya está hecho; estarás enterado de nuestro secreto, y basta.

FERNANDO.

Y no hay que volver atrás.

ROBERTO.

O ser de los nuestros, ó tomar el partido contrario.

LACALLE.

En tal caso nuestra seguridad exige....

ROBERTO.

Nada, cuatro ó seis dedos de acero en las entrañas. (*Sacando un puñal.*)

CARLOS.

Fuera de amenazas; Julian no es medroso, pero conoce bien su posicion: por otra parte, en momento tan arriesgado, no será capaz de abandonar á sus antiguos camaradas. ¿No es verdad, Julian?

JULIAN.

Haced de mí lo que querais: estoy ya resuelto á todo.

ROBERTO.

Llegó la ocasion. Vengan tus pistolas, Fernando.

FERNANDO.

(Cielos! si sospechará!) (*Aparte.*)

(Roberto toma las pistolas que le presenta Fernando; arroja el cebo y le echa otro.)

ROBERTO.

Estas no faltarán. (*Devolviéndoselas.*)

FERNANDO.

(No he llevado mal susto.) (*Aparte.*)

ROBERTO.

¿Todavía mas gente?

(Oyendo ruido despues de haber cebado las suyas y las de los demas.)

LACALLE.

Es un hombre solo.

ROBERTO.

Buena ocasion paraque Julian nos dé una prueba que es de los nuestros.

JULIAN.

¿Qué es lo que pretendeis?

ROBERTO.

Nada! que pases el aprendizaje!... Todos estámos aquí.

LACALLE.

Es un caballero solo que no se hará de rogar.

CARLOS.

Vamos, darles esa corta satisfaccion.

ROBERTO.

Ahí lo tienes ya.

(Le da un empellon para decidirle al robo.)

JULIAN.

Voy á ello. La bolsa.

(Se habrá dirigido con prontitud al hombre que viene.)

## ESCENA VIII.

DICHOS Y MIGUELON.

MIGUELON.

¿Qué es lo que se os ofrece?

JULIAN.

La bolsa ó la vida. (*Determinado.*)

MIGUELON.

La bolsa?... aguardad. (*Le tira el bolsillo.*) Tomad. (Bueno vais: ya estais en el cuarto escalon). (*Aparte, y vase con rapidez.*)

## ESCENA IX.

DICHOS, MENOS MIGUELON.

JULIAN.

Ah! Ocultemos mi turbacion. Ahí teneis su dinero.

(A sus cómplices, dándoles el bolsillo.

ROBERTO.

Ya ves, camarada, que esto es cosa de poco empeño; pero tambien un bolsillo como este repartido entre todos es muy poquísima cosa; pero vamos á lo que importa.

(Tomando el bolsillo y metiéndole á la faltriquera, va corriendo al poste, baja el farol y lo apaga.)

LACALLE.

Así va bien: esta es toda la claridad que necesitamos. Cárlos, adentro conmigo.

ROBERTO.

Julian desde el balcon me arrojará los talegos poco á poco, porque conviene no meter ruido: (en el ínterin no perderé de vista á Julian.) (*Aparte á Lacalle.*) Amigo, perdonad, que es preciso tomar nuestras precauciones; luego daré dichos talegos á Fernando y este los pasará al carruaje.

(Lacalle y Cárlos agarrándose al poste del farol escalan el jardin. Julian se queda debajo del balcon. Fernando anda acechando.)

JULIAN.

¡Qué es lo que pasa por mí! ¡A qué me veo reducido! Ah! que desde que llevo esa vida tan desarreglada, nunca habia sentido en mi corazon lo que ahora! No es que tenga miedo... pero ¡Dios mio! si mi padre me viese en este instante asociado con esa canalla!

FERNANDO.

Chiton. (*Desde la esquina de la calle.*)

(Lacalle se aparece arriba, abriendo la parte interior del balcon, y acercándose á la balaustrada dice):

LACALLE.

Duermen como unos santos.

(Saca de su faltriquera una escalera de cuerda, ata uno de los cabos al balcon, y arroja el otro á Julian.)

JULIAN.

No hay remedio, vamos á ello. (*Ap.*)

(Sube Julian por la escalera y queda en el balcon.)

LACALLE.

Cárlos está vaciando el arca. (*A Julian.*) Tú estáte ahí: yo cuidaré de ir por el dinero.

(Lacalle se entra y vuelve varias veces con talegos, que entrega á Julian. Durante esta accion, que podrá durar algunos segundos, Fernando se interna por la calle, por la parte de la puerta cochera, y dice hablando con uno que no se verá:)

FERNANDO.

¿Teneis apostados vuestros soldados?

VOZ.

Sí, en el jardin y cuartos bajos. No se escapará ninguno.

FERNANDO.

Paraque no sospechen nada me prenderéis tambien á mí.

VOZ.

Así ha de ser.

FERNANDO.

Si me pongo á huir, hacedme fuego, pero con pólvora sola: no hagamos tonterías. Yo haré el muerto, y esto producirá su efecto.

(A estas palabras se oye un tiro.)

CARLOS.

Escape quien pueda. (*Desde la ventana del lado.*)

(Sacan á Lacalle preso; tírase otro fusilazo sobre Cárlos desde dentro; este dispara su pistola, se arroja abajo y cae en poder de los soldados que habian llegado junto á la pared. Fernando aparenta huir, los soldados le hacen fuego, y él se deja caer junto á los bastidores dando un grito. Los soldados le traen envuelto en una capa arrojándole á los pies de Cárlos que estará fuertemente atado.)

CARLOS.

¡Pobre Fernando!

FERNANDO.

¡Pobre tonto! (*Aparte.*)

(Durante este movimiento, Julian cargado con tres talegos ha querido bajar del balcon por donde habia subido. Francisquin á medio vestir sale para mirar á la calle, y viendo á Julian que se dispone para bajar, le agarra, diciendo: *Ya tengo al ladron, ya tengo al ladron.*)

JULIAN.

Francisquin! (*Aterrado.*)

FRANCISQUIN.

Cielos! Julian! el hijo de mi bienhechor! (*Se habrá apoderado de los talegos.*) Infeliz! estos talegos... Ah! porque no me los pediais! es el legado de vuestro pa-

dre..... Venid, venid conmigo..... yo os proporcionaré medio para que podais escaparos con seguridad. No sea yo nunca la causa de vuestra perdicion.

(Llévaselo á dentro, y con esto sale mucha gente con luces por las ventanas.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

# ACTO QUINTO.

(El teatro representa una sala con alcoba, ó bien con una cama arrimada á la pared, mesas, sillas, baules abiertos, cajas de carton y paquetes dispuestos para la marcha que se tiene determinada.)

## ESCENA I.

VALENTINA y TERESA.

VALENTINA.

¡Cuanto tardan!... No puedo tenerme de sueño.

TERESA.

Y yo otro tanto: y luego dormirémos dos ó tres horas, cuando mas, para ponernos inmediatamente en la diligencia

de Marsella, en donde nos embarcarémos para esa bendita Italia, que tanto desea ver nuestra nueva señora.

VALENTINA.

¡Vaya unas bodas bien estravagantes! Dicen que la novia del señor Eugenio nuestro amo hace muy pocos meses que pasaba por ahijada de una frutera; que esta cayó en la tentacion de hacerla enseñar á cantar, y que en efecto salió á hacer muestra de su habilidad en uno de esos teatros de aficionados, que tanto abundan en Paris.

TERESA.

Toma! esta es la rutina. En ellos se empieza: muchas hacen allí sus primeras conquistas, y abandonan la idea de meterse á cantarinas de carrera; y otras siguen firmes en este estado. Nuestra Luisa parece que supo embaucar á un calavera muy rico, y que (como para el que se empeña en malgastar sus caudales no se necesita mucho tiempo para dar con ellos al través) no tardó ese galan en ver marchar su última peseta. La Dulcinea, que

se habia dejado robar del poder de la frutera que la habia adoptado por hija, cuando ha visto á su amigo pobre y arruinado, no ha titubeado un momento en plantarle y dar oidos al tonto de nuestro amo, quien sin meterse en honduras, ha consentido en casarse con ella como si fuese alguna dama de tono.

VALENTINA.

Toma! ¿Y sabemos nosotros acaso que especie de sugeto sea él?

TERESA.

Sabemos que es muy rico.

VALENTINA.

Eso no significa nada para lo que estámos hablando. A veces un golpe de fortuna, habido por buenos ó malos medios, pone en estado de brillar al que pocos dias antes era un perdulario. Este bendito Paris está lleno de esos sugetos que solemos llamar caballeros del milagro: y puede que así como el que mantenia antes á Luisa se arruinó en el juego, este haya hecho en él su brillante fortuna.

TERESA.

Sea lo que se fuere, allá se las avengan. Nos pagan bien, y no nos toca á nosotras el buscar cinco pies al gato.

VALENTINA.

Oigo ruido en la escalera: voy á alumbrar, pues sin duda vuelven ya del baile.

TERESA.

Sí: salgamos á recibirles.

(Abren la puerta y van á alumbrar.)

## ESCENA II.

DICHAS, EL COMISARIO DE POLICIA CON ACOMPAÑAMIENTO, FRANCISQUIN, MADAMA DOUCET Y EL SERENO.

TERESA.

Ay!

VALENTINA.

Dios mio!

(Asustadas, sueltan las luces.)

COMISARIO.

No hay que asustarse. Somos la justicia.

(Las mugeres se habrán retirado á un lado de la escena ; el sereno abre su linterna sorda ; dos empleados de policía cogen los candeleros del suelo, los encienden y colocan sobre alguna mesa. Madama Doucet se sienta y llama á las dos mugeres , quienes viendo que en efecto es la justicia, y no ladrones , pierden el susto y se llegan á los demas.)

MADAMA DOUCET.

En efecto , no hay que asustarse, muchachas. Venimos únicamente en busca de mi ahijada. ¿En donde está esta infeliz? Que salga , que no tenga recelo alguno. Solo quiero recobrarla , que vuelva á vivir conmigo , y que abandone su mala conducta. Vamos , pronto. ¿En donde está? Luisa... Luisa...

COMISARIO.

Buena muger , sosegaos , y dejadme hablar , porque todo debe hacerse en regla. Decid muchachas : ¿viven aquí el señor Eugenio Traclin , jóven americano , llegado poco tiempo hace á esta villa , y una jóven llamada Luisa ?

VALENTINA.

Sí señor , pero la señora está sin duda

ignorando que esta misma tarde se han casado.

FRANCISQUIN.

Casado?

MADAMA DOUCET.

¿Qué decís?

VALENTINA.

La verdad pura.

COMISARIO.

Si es así, muda enteramente de aspecto : sin embargo, es indispensable que les vea á entrambos y que me cerciore del hecho.

TERESA.

Aun no han vuelto del baile que ha dado el amo en casa de un amigo suyo, á causa de ser esta demasiado reducida; pero no pueden tardar, porque mañana al amanecer partimos para Italia.

FRANCISQUIN.

¡Con qué no me engañó Julian! Ello es verdad que ignoraba ó ha querido ocultarme lo del casamiento, pero todo lo demas que me ha contado el corto rato

que ha estado en mi aposento, sale enteramente cierto.

MADAMA DOUCET.

Sobre todo las señas de la casa.

FRANCISQUIN.

En esto no podia equivocarse, porque es una de las que le dejó su difunto padre, y que no hace muchos dias que tuvo que vender para seguir con sus calaveradas.

COMISARIO.

Muchachas, será todo como decís; pero, habiendo venido ya nosotros, es indispensable registrar la casa, y quedar ciertos de que sus dueños no se hallan actualmente en ella. Acompañadnos.

(Entranse todos por una misma puerta, menos madama Doucet y Francisquin.)

## ESCENA III.

MADAMA DOUCET y FRANCISQUIN.

FRANCISQUIN.

Aturdido me deja esa boda.

MADAMA DOUCET.

¿Quien sabe que no sea algun enredo de las criadas? porque en fin en esas casas se puede muy bien decir que tal para cual. Lo que importa es asegurarnos de Luisa, pues si esa infeliz hubiese podido negociar un buen casamiento, harta prisa se habria dado en hacérmelo saber, para volver por su punto.

FRANCISQUIN.

Motivos poderosos pueden haberla inducido á tenéroslo oculto.

MADAMA DOUCET.

¿Y cuales, hombre, cuales? mayormente sabiendo que yo no cesaba de dar pasos para arrancarla de su precipicio. No los veo.

FRANCISQUIN.

Muchísimos; primeramente el no querer que el americano supiese que era hija de una frutera. ¿Quien sabe que alcurnia se habrá abrogado? A un forastero fácilmente se le engaña; y Luisa se habia juntado con unas amigas que saben muy bien hacer su papel.

MADAMA DOUCET.

Todo eso va bien; pero ¿y la marcha tan precipitada? ¿Qué dirás á eso?

FRANCISQUIN.

Cuando ayer noche tuve la suerte de poder salvar de las manos de la justicia al desventurado Julian (en el acto mismo en que la desesperacion y las malas compañías le llevaron á ser cómplice en el robo que se ejecutó en nuestra propia casa), despues de haberle hecho un buen sermon, y ofrecido colocarle de un modo decente, lejos de Paris y de donde pudiese ser conocido, traté de averiguar el paradero de Luisa; no porque sienta ya el menor amor por ella, sino únicamente por vos, y para ver si se la podria arrancar del infeliz abismo en que la contemplaba sumergida. Díjome (como sabeis, porque todo os lo referí) que le habia enteramente abandonado por los consejos de Elomira; que habia pasado á vivir con un rico americano, y que le constaba muy bien lo que me decia: pues este habitaba en una casa (que es esta)

la cual habia sido antes del mencionado Julian; y añadió que temerosa de lo que podria producir el zeloso furor de su abandonado amante, habia sabido reducir al americano á que se ausentaran con la mayor precipitacion de Paris; á lo que habia accedido este, llevado del poderoso atractivo de su hermosura, que esta no se le puede negar...

MADAMA DOUCET.

Toma! demasiado bonita y graciosa que es! Esto es lo que la ha perdido.

FRANCISQUIN.

Como á tantas otras, á quienes sin duda habria sido mucho mejor haber nacido feas.

MADAMA DOUCET.

El comisario vuelve.

FRANCISQUIN.

No habrán encontrado á nadie. Callemos.

MADAMA DOUCET.

Sí, ya proseguirémos despues.

## ESCENA IV.

DICHOS Y LOS DE LA ESCENA ANTERIOR.

COMISARIO.

No están en efecto en casa, y nosotros hemos desempeñado ya nuestra comision. Sin embargo, diréis á vuestro amo que no se ponga en camino hasta que se haya apersonado conmigo y manifestado la certidumbre de su casamiento; de lo contrario, la que decís ser su esposa se veria detenida á la primera posada, por haber reclamacion pendiente por parte de sus parientes inmediatos.

TERESA.

Pensaban marchar mañana á punta de dia.

COMISARIO.

No importa; que pase antes á mi casa y se le despachará. No olvideis el recado.

VALENTINA.

Quedamos enteradas.

COMISARIO.

Vamos.

FRANCISQUIN.

Vamos.

COMISARIO.

(Pronto darémos la vuelta.) (*Aparte á Francisquin.*)

FRANCISQUIN.

(Será lo mas acertado.) (*Al comisario.*)

COMISARIO.

Buenas noches.

MADAMA DOUCET.

Sí, buenas noches; pero decidle á Luisa que madama Doucet ha estado aquí : que no espere marcharse sin verme antes; si ha recuperado su honor, para que pueda estrecharla de nuevo entre mis brazos y bendecirla; y si todo esto es una trampa, para hacerla ver que no nos dormimos en las pajas, y que el señor comisario sabrá hacerla andar derecha mal que le pese. ¿Lo entendeis? Me parece que me esplico.

TERESA.

Quedamos enteradas.

MADAMA DOUCET.

Pues buenas noches. (*Vanse.*)

TERESA.

Buenas noches. (*Sale á alumbrarles.*)

## ESCENA V.

VALENTINA y TERESA.

VALENTINA.

No gana una para sustos sirviendo á aventureros. ¿En qué vendrá á parar toda esta tramolina? No, yo no me fio: el señor comisario habló en secreto al que vino con la vieja frutera, y mucho será que no vuelvan esta noche misma.

TERESA.

Seguramente volverán; pero á nosotras ¿qué nos importa? Ello no hay duda que los amos están casados; y siendo así, poco daño puede hacerles el comisario ni nadie.

VALENTINA.

Lo que estraño mucho es que no estén ya de vuelta; en cuyo caso se habrian en-

contrado y todo estaria ya decidido y compuesto.

TERESA.

¿Sabes que en empezando á bailar las mugeres nunca se nos hace tarde?

VALENTINA.

Dices bien; pero podria tener presente la tal Luisa que nosotras tenemos que cargar con todo el trabajo que trae consigo una marcha tan repentina, mayormente despues de un dia de boda, que aunque secreta, como quien dice, siempre ocasiona bullicio.

TERESA.

Mas á mas cuando la novia es loca, y el novio encantado contemplándola y dejándola hacer cuanto se le antoje.

VALENTINA.

Yo te aseguro que si el prurito que tengo de ver tierras estrañas no me convidase á seguirles en este viaje, por lo que toca á mí no me quedaba con ellos; porque la tal Luisa tiene traza de querer ser una de las principales locas de este siglo.

TERESA.

Yo soy italiana, y aunque criada desde muy niña en Paris, tengo todos mis parientes en Nápoles, á donde intentan dirigirse los novios. Si el trato de madama Luisa ó madama Demonio no me acomoda, con los mios me quedo, y la dejo á ella á la luna de Valencia.

VALENTINA.

No era de despreciar tan buena ocasion.

TERESA.

Pues á no ser eso y que estámos tan bien pagadas, ¿quien habia de querer permanecer en su servicio? Déme Dios amos de juicio y pundonor, porque quien á locos sirve nunca medra.

VALENTINA.

Calla... ya suben. Sí, ellos son.

(Valentina coge una luz y va á abrir. Teresa hace lo mismo.)

## ESCENA VI.

DICHOS y EUGENIO, LUISA y CRIADOS.

LUISA.

Vengo molida. (*Se sienta.*)

EUGENIO.

Tuya es la culpa, querida esposa. Quisistes bailar tanto, que no podias menos de cansarte muchísimo. Y luego en vísperas de emprender un viaje no me parecia acertado el bailar tan desmesuradamente.

LUISA.

Ya está hecho.

(Empieza á quitarse el peinado, etc., ayudada de las criadas.)

EUGENIO.

Si te parece, podríamos dilatar nuestra partida algunos dias; pues todo consistiria en perder el importe de los asientos de la diligencia que sale mañana.

LUISA.

No, no, querido Eugenio: consentí

en casarme contigo bajo esta condicion; y no hay que volver la palabra atrás.

EUGENIO.

Conozco los motivos que te inducen á esta determinacion; pero debo decirte francamente que tus recelos son vanos. Ese Julian cuyo zeloso furor te asusta tanto, viéndote ya esposa mia no puede tener derecho alguno sobre tu persona, mayormente ahora que se halla arruinado, segun tú misma refieres.

LUISA.

Todo esto es verdad; pero yo conozco el carácter de Julian. Por lo mismo que está perdido y que sabe bien que me engañó del modo mas pérfido cuando me sedujo, prometiéndome no una sino mil veces que dejaria las malas compañías que le rodeaban, y que nos iríamos á Burdeos, en donde nos casaríamos, su misma desesperacion le daria ahora fuerzas para vengarse de que yo no haya querido consentir en ser la compañera de sus maldades, digo maldades, pues no pueden conducirle á otra cosa sus delirios y su apurada situacion.

EUGENIO.

El sabrá que estás casada conmigo, y se verá precisado á respetar lo que las leyes autorizan.

LUISA.

Julian no respeta nada, y es capaz de todo.

EUGENIO.

Infeliz! se estrellaria en cualquier empresa que intentase; pero ya hemos descansado un ratito, y será bueno que tratemos de tomar un bocado y retirarnos, pues ya que te empeñas en que la marcha sea mañana, será indispensable dormir muy poco y disponerlo todo de modo que la diligencia no se vaya sin nosotros, porque en dando la hora no aguarda á nadie.

VALENTINA.

Tengo que advertiros que el señor comisario de policía del cuartel acaba de irse de aqui, y nos ha encargado que os dijésemos que antes de poneros en camino os sirvieseis pasar á su casa y enseñarle el documento de vuestra boda.

EUGENIO.

¡Como es esto! ¿Para qué semejante no acostumbrada formalidad?

TERESA.

Ha añadido que de lo contrario se veria detenida vuestra consorte á la primera posada.

EUGENIO.

No lo entiendo.

LUISA.

Eso es que Julian habrá hecho alguna gestion para separarnos, y que el señor comisario quiere cerciorarse de la realidad.

VALENTINA.

Vino con una muger anciana, que dijo ser aquella á quien habiais sido confiada por vuestra madre á la hora de su muerte.

LUISA.

¡Madama Doucet! ¿Qué significará esto?

EUGENIO.

Pasemos á dentro, y lo tratarémos cenando.

LUISA.

Sí, será lo mejor; aunque mas deseo dormir que otra cosa.

EUGENIO.

Sin embargo, es preciso tomar algo.

LUISA.

Vamos.

(Vanse todos á dentro, llevándose las luces las criadas y quedando un rato la escena oscura, despues del cual se verá abrir la puerta que da á la escalera de la casa, y por ella se asoma Julian con mucha precaucion, sale á la escena con una linterna sorda en la mano, y cierra la puerta.)

## ESCENA VII.

JULIAN SOLO.

Ya por fin se fueron dentro. ¡Cuanto tardaban! ¡Con que aquí ha venido la policía! y madama Doucet!... Por lo que dije yo ayer á Francisquin habrán dado con el paradero de Luisa. ¡Como se recela ella de que yo haga gestiones!... ¿De qué servirian? De nada. ¡Ya no hay reme-

dio para mí! Estoy perdido, precipitado, arruinado para siempre. Al arrojarnos por la ventana de la casa del juego, Cárlos tuvo que soltar el oro que habia podido coger con el tumulto que ocasionó la esplosion de la pólvora. Ayer fueron cogidos todos mis compañeros. ¡Compañeros!..... Ellos son la causa de mi desgracia, de mi desgracia, sí, de mi perdicion!.... Y lo peor de todo es que aunque el buen Francisquin me salvó en aquel apuro, ellos declaran que yo era de la partida. ¡Quien me habia de decir al espirar mi padre, que los inmensos caudales que me dejaba habian de ser la causa de mi mayor ruina y tal vez..... Ah! crueles presentimientos!..... Que suerte me labro! Ah Miguelon, Miguelon! Ahora me acuerdo de tus consejos... la ociosidad... sí, las malas compañías... he aquí el orígen de la perdicion de tantos jóvenes..... ¡Y á qué he venido aquí! con que intento me he introducido en esta casa que en otro tiempo habia sido de mi propio padre! en la que ví yo la luz del dia por primera vez!... Sí, aquí

nací... y aquí voy á cometer... Julian!... Julian!... á qué has venido!... No ya á vengarte de tu rival... que el pobre no los tiene... A exigir un socorro para abandonar precipitadamente tu patria..... No hay remedio : esta misma noche es preciso huir... y estoy absolutamente sin recurso... Silencio : alguien viene. Escondámonos en este cuartito. Es preciso sorprenderles cuando duerman : apago la luz ; despues la encenderé con fósforo.

(Abre una puertecita y se entra en un cuarto, apaga la luz y cierra sin hacer ruido.)

## ESCENA VIII.

RATO DE SILENCIO. SALE VALENTINA CON LUZ.

VALENTINA.

¿En donde estará esa cigarrera? No la encuentro. (*Registrando,*) Ya se ve : con esa bendita marcha lo hemos revuelto todo, y Dios sabe en donde parará. Yo no la encuentro : á ver en ese cajon... nada : aquí tampoco... Vamos, es inútil.

## ESCENA IX.

DICHA Y TERESA.

TERESA.

¿Qué haces? El amo se impacienta con tanta tardanza.

VALENTINA.

Pues yo no encuentro en parte alguna la tal cigarrera. ¿Quien sabe si la habrá perdido en el baile? (*Ambas registran.*)

TERESA.

Bien puede ser... Qué! ni sombra, ni rastro se ve de ella.

VALENTINA.

No hay que cansarse.

TERESA.

Vamos á decírselo.

VALENTINA.

Sí. sí; pues el buscarla es trabajo perdido.

## ESCENA X.

DICHAS Y EUGENIO.

EUGENIO.

Y bien? qué hacemos?

VALENTINA.

Señor, en paraje alguno se encuentra. Tal vez se os habrá estraviado en el baile.

EUGENIO.

Teneis razon: allí la he prestado á un amigo. No importa: idos dentro. Ya sacaré otra. (*Vanse las criadas.*)

## ESCENA XI.

EUGENIO SOLO.

No hubiera querido salir de Paris tan pronto; pero mi esposa lo exige, y estoy resuelto á complacerla. ¡Que miedo le tiene á ese Julian! ¡Que daño puede causarla un perdulario, un calavera! Cualesquiera que hayan sido sus relaciones con Luisa, siendo esta hoy mi esposa, todo

está concluido. Mejor era que yo le hubiese hecho prender por vago, pues en el dia no es otra cosa, y echándole de Paris, mi esposa quedaba libre de todo temor. Puede que logre persuadirla; pero voy por la otra cigarrera.

(Toma una luz, y se entra en el cuarto en donde está oculto Julian. A poco rato se oye lo siguiente.)

EUGENIO.

¡Qué es esto!... ¿Quien sois? qué haceis aquí?

JULIAN.

Chi... silencio.

EUGENIO.

¿Armas contra mí?

JULIAN.

Silencio, repito... soy Julian... ese vago que quereis hacer prender.

EUGENIO.

Como! y en mi casa!

JULIAN.

¿No callais?

EUGENIO.

No.

JULIAN.

Pues ahora callaréis.

( Se oye un ruido como de dos que se agarran, y uego dice)

EUGENIO.

Muerto soy! Ay de mí!

JULIAN.

Tú lo quisiste.

(Abriendo la puerta sale con un puñal ensangrentado en la mano.)

(Adviértase que durante la lucha última de Eugenio con Julian se habrá oido caer el candelero en el suelo reparándose como el cuarto quedaba oscuro : al salir ahora Julian arrebatado y como fuera de sí, todo el teatro estará oscuro.)

JULIAN.

Tu tenacidad te ha perdido. No vine yo con intencion de derramar sangre. ¡ Carrera de los delitos! cuan ciegamente arrastras del uno al otro al que llega á emprenderte! (*Mirando el cuarto.*) ¡ Cuatro dias hace no era yo mas que un calave-

ra... ayer ladron... hoy homicida... homicida!... (*Mirando al cuarto.*) ¡Qué será de mí! qué voy á hacer ahora! Huiré? Y como? ¡Cargado de un nuevo crímen, y sin recurso alguno, ni medios de subsistencia... No... no; yo necesito dinero... Pero oigo ruido. Qué haré! (*Se acerca á la puerta que da en el interior de la casa y acecha por el agujero de la llave.*) Ella es, Luisa... la infame Luisa... Yo me retiro.

(Tentando por la pared se retira detrás de un armario que habrá no lejos de la puerta.)

## ESCENA XII.

DICHO Y LUISA CON LUZ EN LA MANO, QUE DEJA SOBRE LA MESA.

LUISA.

El sueño me vence. y Eugenio no vuelve. ¡Si se habrá puesto á fumar aquí!...

(Mientras Luisa dice estas palabras, Julian se llega á la puerta y la cierra con llave. Luisa se vuelve al ruido, pero Julian con la mayor prontitud la agarra de la mano y le pone el puñal al pecho.)

JULIAN.

Silencio, ó te mato.

LUISA.

Julian!...

JULIAN.

Silencio. (*Luisa aterrorizada y no atreviéndose á hablar, le señala el puñal con el dedo indicándole la sorpresa de verle teñido en sangre.*) Es la de Eugenio. El rival que me preferiste.

LUISA.

Julian!....

JULIAN.

Ya no hay mas Julian para tí. Tú le plantaste, le viste pobre, abandonado de todos, no te mereció miramiento alguno. Tú no tienes amor mas que á los trages ricos, al oro, á los diamantes. Todo lo encontraste con el americano... Para vosotros los placeres, las fiestas, los regocijos: para mí el hambre, la rabia, la desesperacion. Pero no, no me cogerá solo la desgracia. ¿Qué te parece de ello, Luisa? ¡No me aguardabas seguramente aquí! Una llave falsa me facilitó la realizacion

de todo mi proyecto. Mírale á Eugenio: mírale.

(La conduce junto al cuarto donde murió Eugenio, de un puntapie abre la puerta, y se verá el cadáver.)

LUISA.

Dios mio!...

(Cae desmayada en sus brazos.)

JULIAN.

Se desmayó. (*La lleva junto á un canapé, donde la sienta.*) Esas joyas no la sirven para nada. (*Le quita los pendientes y se los mete en el bolsillo.*) A ver el ridículo. (*Abre el ridículo que traia en la mano, que se le cayó al desmayarse, y encuentra en él unas monedas de oro.*) Aquí hay dinero, recojámoslo... (*Repara en un precioso anillo que ella trae.*) Este anillo que lleva, yo se lo habia regalado. ¡Con mis propias joyas se ha adornado para su boda! Recobrémoslo.

(Se lo quita, para lo cual tiene que hacer alguna resistencia, y entonces Luisa vuelve en sí.)

LUISA.

Ay!...

JULIAN.

Chi... Silencio. si quieres conservar tu vida.

LUISA.

Ah!... Sí...

(Luisa se levanta y se arroja á los pies de Julian estrechando sus rodillas.)

JULIAN.

Pues óyeme. Yo estoy perdido..... arruinado... cargado de crímenes, y precisado á huir inmediatamente para evitar el rigor de las leyes..... al paso que tú estás rica y que ibas á fijar tu entera felicidad. Esta no podia ser ni será... Por lo tanto, ó este puñal te da el mismo fin que á Eugenio, ó á mas de las joyas que te he quitado me das dinero... (*La coge de un brazo y la levanta.*) ¿En donde lo tienes?... (*Luisa hace ademan de querer dirigirse á la puerta.*) No, no: sin salir de este cuarto.

LUISA.

Aquí no tengo nada... (*A media voz.*)

JULIAN.

Pues vas á morir: prepárate.

(Teniéndola del brazo, á la fuerza la hace arrodillar y levanta el puñal como para herirla. En esto, ella por un arrebato de desesperacion le coge de las rodillas con intento de derribarle. Julian sorprendido por esta accion inesperada, pierde las fuerzas y cae. Ella le coge el puñal, corre á abrir la ventana, y arroja por ella el puñal en la calle y grita.)

LUISA.

No, no quiero morir. Asistencia! que me matan!

JULIAN.

¡Ah, perversa! no grites, que es inútil. (*Saca una pistola.*) Si me creiste desprevenido, te engañaste.

(Se oyen golpes en las puertas y los gritos de las criadas.)

CRIADAS.

Señora, señora, abrid...

JULIAN.

Chit... chit... (*A Luisa.*)

LUISA.

No, no; asistencia! favor! que me matan!

(Voces de adentro, gritando tambien: *Asistencia! que matan los amos! que matan los amos!*)

JULIAN.

Pues es preciso huir, muere primero.

( Dispara una pistola, que no da lumbre. Entonces la arroja y va á sacar otra, pero Luisa se le echa encima impidiéndole el movimiento ; y en todas las demas partes se oyen los gritos de *asistencia! favor al Rey y á la justicia! abrid la puerta!* Luego Luisa suelta á Julian y precipitada corre á abrir la puerta de la escalera ; Julian se retira en el fondo de la escena, saca al fin la otra pistola, la arma y se pone en estado de defensa.)

## ESCENA XIII.

DICHOS, EL COMISARIO DE POLICIA CON ACOMPAÑAMIENTO, MADAMA DOUCET Y FRANCISQUIN.

COMISARIO.

Téngase el asesino.

JULIAN.

Tenéos todos.

( En esto se habrá llenado el cuarto de gente, y como en la puerta interior están dando golpes las criadas, el primero que se halle mas inmediato á la puerta la abre.)

LUISA.

Madre mia!

MADAMA DOUCET.

Hija!... Luisa!... (*Se abrazan.*)

FRANCISQUIN.

Es Julian!

JULIAN.

Sí! Nadie se acerque, si no quiere.....

COMISARIO.

Infeliz! ¿De qué te servirá hacer resistencia?

JULIAN.

Venderé mi vida á costa del mas atrevido.

## ESCENA XIV.

DICHOS Y TROPA.

CABO.

¿Qué es esto? ¿En donde esta el asesino?

COMISARIO.

Allá, apuntadle.

JULIAN.

¿Con que no hay remedio? Pues me rindo.

CABO.

Suelta la pistola, ó disparamos.

JULIAN.

La pistola? Ah! sí.

(Acércase como para entregarla.)

(Tendrá la pistola por el cañon con la mano izquierda, pero al llegar junto á Luisa la coge rápidamente con la derecha y la dispara contra ella, quien cae muerta: entonces Julian la arroja al suelo.)

JULIAN.

Tomadla.

MADAMA DOUCET.

Dios mio!

TODOS.

Bárbaro!... Asesino!

JULIAN.

Muertos los infames, moriré contento.

(Los soldados le rodean, los empleados de policía le atan: de entre el grupo de gente sale Miguelon.)

MIGUELON.

Llenaste la medida: estás ya en el quinto escalon; ¿quien te librará del sexto?

(La tropa se pone en actitud de marchar, cada actor manifiesta con su ademan el sentimiento ue le inspira la situacion actual, y con esto cae el telon.)

FIN DEL ACTO QUINTO.

# ACTO SEXTO.

(Sala grande, y en medio un balcon de los de forma mayor, y dos ventanas que darán á la plaza de las ejecuciones de justicia : puertas laterales á derecha é izquierda, una de ellas comunica con la escalera comun, la otra con el comedor.)

---

## ESCENA I.

BERTIER, JOSE Y CRIADOS, QUE VAN PASANDO CON CUBIERTOS, PLATOS, ETC.

BERTIER.

Despachemos pronto que se hace tarde, y luego van á volver de la iglesia, y los convidados á la boda vendrán seguramente con ganas de sentarse á la mesa.

JOSÉ.

Toma! yo lo creo: son ya mas de las dos y media.

(Llegando con una cesta de cubiertos y un estuche con cuchillos.)

BERTIER.

Y bien, José, ¿qué traes ahí?

JOSÉ.

Cubiertos y cuchillos.

BERTIER.

Toma! hace tiempo que los hay ya en la mesa. Anda á la bodega, que eso importa mas, pues sin duda vendrán con mucha sed los convidados.

JOSÉ.

Iré antes á guardar estos cubiertos, ya que no sirven.

BERTIER.

Siempre te hallas atascado. Deja los cubiertos encima la chimenea, y baja á la bodega: ya te llevarás eso despues.

## ESCENA II.

DICHOS, MENOS JOSÉ.

BERTIER.

¿En qué estáis vosotros?

CRIADO PRIMERO.

La mesa está ya puesta.

BERTIER.

En tal caso, haced que todo lo demas esté á punto para que luego que lleguen puedan sentarse á comer.

(Se verá atravesar varios criados con platos, etc.)

## ESCENA III.

DICHOS Y JOSÉ CON OTROS CRIADOS QUE TRAEN CESTAS CON BOTELLAS DE VINO.

JOSÉ.

Me parece que habrá con que remojar el paladar.

BERTIER.

Bueno, bueno: colocarlo todo en el comedor. Por fin, empiezo á respirar.

JOSÉ.

¡Vaya que es una boda muy estraña la que se celebra hoy aqui!

BERTIER.

Ola! ¿Y porque?

JOSÉ.

¿Como porque? Vos lo sabeis tan bien como yo, y en todo el barrio no se habla de otra cosa.

BERTIER.

Nunca faltan malas lenguas, y veo que tú les haces compañía.

JOSÉ.

Quien? yo? bueno! Eso me gusta. ¿Y porque motivo tachais de malas leguas á los que desaprueban el que un escribano tan rico como nuestro amo consienta en dar su hija única á un hombre que será tan de bien como querais, pero que se llama Francisquin y nada mas, sin que tenga pariente alguno en el mundo; pues sabemos que esa vieja que vive con él no es su madre? Añádase á esto que no trae por testigos mas que á ese hombre ves-

tido de negro, llamado Mignelon, que tiene toda la traza de ser algun sepulturero ó cosa semejante, relativa solo á entierros y pompas funerales. Y aun ese le ha dejado á la luna de Valencia, pues no ha parecido en la iglesia á la hora del casamiento.

BERTIER.

¿Y qué prueba todo eso?

JOSÉ.

Que es un casamiento...

BERTIER.

Desproporcionado, desigual; ¿no es así? Pues no hay tal cosa. Ese Francisquin es uno en el dia de nuestros mayores fabricantes. El Rey acaba de concederle una condecoracion; y no te diré mas sino que en su fábrica da de comer á una infinidad de trabajadores. Esos títulos son sin duda muy respetables, y tal vez mas que muchos otros.

JOSÉ.

Será todo lo que digais; pero yo hallo muy estraña la tal boda: y en fin allá se

las hayan. Esto no es mas que hablar por hablar.

BERTIER.

Así es como hablando por solo hablar se cortan tantos vestidos, y se aja la reputacion de las personas mas honradas. Harto mejor es callar.

JOSÉ.

Pues bien, callemos. (Este hace el moralista porque ha pasado de criado á ayuda de cámara.) (*Aparte.*)

BERTIER.

Calla, calla; oigo los coches que pasan. Vamos, José: bajad á recibir á la comitiva.

JOSÉ.

Voy allá á recibirles. (¡Que tono se da!) (*Aparte.*)

## ESCENA IV.

DICHOS, FRANCISQUIN CON UNA CINTA ENCARNADA EN UNO DE LOS OJALES, LA NOVIA, SU PADRE, MADAMA DOUCET Y VARIOS CONVIDADOS.

FRANCISQUIN.

Vamos, señores; mis deseos han llegado á su colmo. Una esposa interesante, la estimacion de mis conciudadanos, y por añadidura la cruz de honor.... El Cielo ha recompensado con prodigalidad mis esfuerzos. (*Da la mano á su esposa.*) Soy en efecto el mas feliz de los hombres. (*Mira á madama Doucet, la que llora.*) (Deberia reprimir mi alegría, porque este instante le recuerda.....) (*Aparte.*) Vamos, señores, tened la bondad de pasar al comedor: yo deseo hablar un rato á solas con esa buena muger.

(Todos marchan, escepto Francisquin y madama Doucet.)

## ESCENA V.

FRANCISQUIN y MADAMA DOUCET.

FRANCISQUIN.

¿Pero á qué viene eso? Madama Doucet, ¿qué teneis?

MADAMA DOUCET.

Nada, Francisquin, nada.

FRANCISQUIN.

¡Y me lo decís llorando! ¡Cuando íbamos á la iglesia estabais tan contenta, y ahora os veo tan consternada!

MADAMA DOUCET.

¿Qué quieres? ¿Podia no acordarme en aquel momento de la pobre Luisa, que ha muerto tan jóven y tan desastradamente?

FRANCISQUIN.

Dios la habrá perdonado sin duda, como la perdoné yo.

MADAMA DOUCET.

Así lo pienso.

FRANCISQUIN.

Dejad pues ahora estas ideas, y vamos á reunirnos con los demas.

MADAMA DOUCET.

No puedo, no puedo : haria un papel muy triste en medio de personas que solo tienen motivos para alegrarse... Mejor será retirarme en mi cuarto y ponerme á rezar. (*Triste.*)

FRANCISQUIN.

¿Pero porque motivo? Me habiais dado palabra de ser de la fiesta : luego hay alguna nueva ocurrencia que ignoro.

MADAMA DOUCET.

Ya la sabrás despues.

FRANCISQUIN.

No, no, ahora; de lo contrario, se me figuraria ser un pretesto para no acompañarme en mi felicidad.

MADAMA DOUCET.

¿Y puedes pensar eso de mí? No queria afligirte, pero así como así va á ser luego público : sabe pues que á pesar de lo irritada que debia estar contra Julian,

sabiendo cuan mal le iba la causa, quise irle á ver á la cárcel sin decirle palabra: y allí anegado en un mar de lágrimas me pidió perdon, y me dijo que no esperaba alcanzar misericordia de Dios, si en la hora de su muerte (pues no dudaba ya de la sentencia que le tocaria cuanto antes) no rogaba yo por él y por la desventurada que asesinó tan bárbaramente.

FRANCISQUIN.

Y bien! ¿Que mal hay en ello?

MADAMA DOUCET.

Hay que su sentencia se ejecuta hoy mismo á las cuatro de la tarde.

FRANCISQUIN.

Hoy mismo! qué decís!

MADAMA DOUCET.

Lo que oyes. Estando yo en la iglesia, cuando el sacerdote te daba su bendicion, me lo vino á decir al oido cierta conocida mia: salí á la calle sin que tú lo advirtieses, y oí que el pregonero lo estaba anunciando.

FRANCISQUIN.

Infeliz! ¡Que dia he ido á escoger para mi boda!

MADAMA DOUCET.

Tú no lo sabias, ni yo tampoco. Luego, como la puerta principal de esta casa da á esa calle, y no á la plaza de las sentencias (por cuyo motivo casi nunca se abren esos balcones ni esas ventanas), nosotros hemos pasado por parajes distantes del lugar donde se coloca el cadalso.

FRANCISQUIN.

¡Válgame Dios!

MADAMA DOUCET.

Ya ves que no hay que perder un instante. Es preciso que me vaya á rogar á Dios por ese desgraciado, á quien Dios perdone, como nosotros le perdonamos.

(Vase llorando.)

## ESCENA VI.

FRANCISQUIN SOLO.

¡Sus palabras me han dejado de piedra!

¡Fatal combinacion de circunstancias! ¡En el mismo dia en que llego al mas alto grado de felicidad viéndome honrado por el Rey y acompañado de la estimacion de todos mis conciudadanos... el hijo de mi bienhechor va á dar fin á su carrera en el paraje destinado al escarmiento público! en un cadalso! Dios mio! Dios mio!

(Déjase caer en un sofá, abrumado de tristeza, y cubriéndose el rostro con las manos.)

## ESCENA VII.

FRANCISQUIN, JOSÉ y MIGUELON.

JOSÉ.

El señor Miguelon.

(Avisando, y sale Miguelon.)

FRANCISQUIN.

Ah! venid amigo, necesito de vuestra presencia..... ¿Porque me habeis faltado esta mañana?

MIGUELON.

De eso venia á daros satisfaccion. Creedme que si hubiese dependido de mí...

FRANCISQUIN.

Ah! ya estáis perdonado, porque estoy bien persuadido de que á no ser por negocios indispensables... Pero espero que os quedaréis en mi compañía lo restante del dia.

MIGUELON.

Esto me es igualmente imposible: un deber imprescindible me llama á otra parte.

FRANCISQUIN.

¿Y lo será tanto que no lo podais remitir?...

MIGUELON.

No puedo.

FRANCISQUIN.

Pero á lo menos, nos verémos esta noche... vendréis al baile...

MIGUELON.

Al baile... yo! (¡Despues de haber...) (*Aparte.*) Lo quisiera; mas no podré.

FRANCISQUIN.

¿De este modo me será imposible disfrutar en esta ocasion de la compañía de

na de las dos únicas personas que me han sostenido y animado en mi infortunio?... Miguel! amigo Miguel!... Os lo suplico... prometedme venir un instante siquiera... sí, venid. ¡Que no tenga yo el sentimiento de verme abandonado de todos los que se han hecho acreedores á mi cariño!

MIGUELON.

Francisquin, me es muy sensible... Sin duda voy á afligiros, pero en el dia no necesitais ya de mis consejos. Acabais de reuniros con una familia de mucho honor; y debo decíroslo: será indispensable que en lo sucesivo dejemos de vernos.

FRANCISQUIN.

¡Dejar de vernos! ¿Y porque?

MIGUELON.

Porque no conviene que las relaciones que mediaban entre nosotros cuando os hallabais solo en el mundo, continuen de aquí adelante; pues ahora ya teneis parientes... sí, parientes honrados...

FRANCISQUIN.

¿Porque, pues, sospechar en ellos ni

en mí un orgullo tan fuera de lugar?

MIGUELON.

¿Y quien os ha dicho que lo sea? Escuchadme, amigo mio. que tal nombre os quiero dar hoy todavía.

FRANCISQUIN.

Ah! siempre... siempre.

MIGUELON.

Vos si me conoceis, es únicamente por el vivo interés que me inspirasteis, y por los buenos consejos, á veces bastante severos, que os habia dado mi ilimitada amistad. Y vuestra discrecion (debo haceros esta justicia) no se ha desmentido un solo instante: jamás pedisteis al que os abrumaba con sus consejos y amonestaciones. bajo que título os las daba, que especie de hombre era, que lugar ocupaba en la sociedad, para creerle autorizado á dirigir vuestras opiniones y vuestro destino... ¿Qué diriais pues si no os fuese permitido ya despues de haberle conocido, el continuar amando á ese hombre sin... sin avergonzaros?

FRANCISQUIN.

¿Sin avergonzarme?... De vos?... Dos palabras solas... y teneis inmediatamente mi respuesta : ¿habeis jamás faltado á la probidad, á la hombría de bien?

MIGUELON.

Oh ! no, jamás!... Eso lo juro.

FRANCISQUIN.

Venid. venid pues á mis brazos... ¿Qué me importa ahora lo que seais? Pongo á Dios por testigo de que nunca me avergonzaré de llamaros mi amigo... de estrecharos en mi seno.

MIGUELON.

Francisquin, vos ignorais el honor que me estáis haciendo ; pero no aceptaré yo lo que tan generosamente me ofreceis : puede que si me lo dijerais de nuevo mañana...

(Francisquin quiere hablar, y Miguelon le interrumpe, y queda aquel sorprendido por la llegada de José.)

## ESCENA VIII.

LOS MISMOS Y JOSÉ.

JOSÉ.

Señor, los convidados se quejan de vuestra larga ausencia.

FRANCISQUIN.

Voy allá, voy allá. (*Volviéndose á Miguelon.*) Amigo, creed que mi respuesta mañana será la misma que hoy.

MIGUELON.

Aguardemos á mañana. (*Con frialdad.*)

(Francisquin y José se van.)

## ESCENA IX.

MIGUELON SOLO.

MIGUELON.

Ah! si dijese verdad! si mañana pudiese ser el mismo que hoy! Pero ¿de qué sirve lisonjearme de ello? Los hombres son todos unos... Me escusará como los

demas. ¡Las cuatro dan! terrible momento!... Ya sin duda hago falta.

(Dan las cuatro.)

( Abre la puerta, y se presenta Julian con el pelo cortado, en mangas de camisa y fuera de sí.)

## ESCENA X.

JULIAN Y MIGUELON.

JULIAN.

Ah! Por piedad! por Dios, salvadme! salvadme!

MIGUELON.

Julian!

JULIAN.

Gran Dios!... Miguelon!

MIGUELON.

Vos aquí!... á estas horas!

JULIAN.

Sí, estaba en la carreta. Veia ya el horrible instrumento de la guillotina, y á su aspecto la desesperacion me ha dado una fuerza de que no me creia capaz: he roto los cordeles... me he precipitado por en-

tre la muchedumbre..... y sin saber como... he llegado aquí... Ah! por Dios no me entregueis á la justicia. Escondedme, escondedme.

MIGUELON.

Ah! bien quisiera hacerlo : Dios ve mi corazon.... Pero.... ¿como salvaros? por que medio?

JULIAN.

No importa, con tal que yo no muera.

(Se oye ruido á lo lejos.)

MIGUELON.

¿No oís los gritos de la plaza?

JULIAN.

No oigo ni veo nada mas que un cadalso... ocultadme...

MIGUELON.

Habrán seguramente seguido vuestros pasos. (*Sale á la ventana.*) Todos, todos se dirigen á esta casa.

JULIAN.

Escondedme!... por Dios encubridme!

MIGUELON.

Aquí es imposible.... es preciso huir...

JULIAN.

¿Por donde?... pero por donde?... decid : ¿ esta ventana... Sí, sí. (*Sale á la ventana.*)

(*Gritan desde la calle* : Vedle ahí.)

(Al oir los gritos retrocede precipitado.)

JULIAN.

Todos están aquí... me han visto, vienen á quitarme la vida... Cerremos, cerremos las puertas, que no puedan llegar.

MIGUELON.

Pero desgraciado, ¿ como quereis escaparos ? Esto no es mas que retardar por algunos minutos vuestro último momento.

JULIAN.

¿ Por algunos minutos decís ? pero para mí cada uno es una eternidad... (*Ruido y voces que dicen :* Ahí está.) Dios mio! Dios mio ! Ya les oigo subir la escalera ! ya les tengo aquí!... ¿En donde me ocultaré ?

MIGUELON.

Infeliz ! No te queda medio alguno.

JULIAN.

Miguelon ! Miguelon ! Por Dios! por los buenos consejos que me disteis ! por mi padre!.. salvadme de esta afrenta.

MIGUELON.

Como ?

JULIAN.

Aquí hay un cuchillo.... Yo me mato. (*Ve un cuchillo, lo coge , quiere asesinarse : pero le falta valor. Se redoblan los gritos de* abrid.) Ah ! Me falta el valor... Lo tuve para asesinar á otros; pero... Dios mio ! Dios mio !

MIGUELON.

Julian : no hay remedio para vos. Es preciso resignaros; y ya que vivisteis tan mal , procurad acabar bien.

JULIAN.

Acabar bien !... En un cadalso !

MIGUELON.

En un cadalso... Salvad el alma.

JULIAN.

¿Adonde huiré?...

## ESCENA XI.

(Dichos, tropa, pueblo, gendarmes, etc., que han derribado la puerta. Julian desatinado busca como huir; y como otro recurso no halle, se tapa los ojos con las manos. Los gendarmes se apoderan de él, le maniatan, y se le llevan. De la casa habrán salido José y Bertier y habrán presenciado todo el lance, asombrados, pero sin hablar palabra. Miguelon es el último que se va siguiendo al reo, despues de decir estas palabras.)

MIGUELON.

Tu muerte es inevitable: ¡cuanto me pesa!

BERTIER Y JOSÉ.

BERTIER.

Desventurado! Si me hubiese sido posible salvarle sin riesgo mio, lo hubiera hecho de buena gana, aunque segun se dice sus delitos son horribles.

JOSÉ.

En estos momentos se olvida el crímen y se tiene compasion del criminal.

## ESCENA XII.

DICHOS, FRANCISQUIN Y SUCESIVAMENTE MADAMA DOUCET, LA NOVIA, EL PADRE, LOS CONVIDADOS.

FRANCISQUIN.

¡ Que ruido tan estraordinario de dia por aquí !... ¿ Qué teneis, que os veo tan sobresaltados ?... qué ha sucedido ?...

BERTIER.

¡ Ah, señor Francisquin ! si hubieseis estado aquí ! si llegarais mas pronto !

FRANCISQUIN.

Y bien ! ¿ Qué quereis decir ?

JOSÉ.

Que tal vez le habríamos salvado.

FRANCISQUIN.

A quien?

BERTIER.

Al reo.

FRANCISQUIN.

Como! Al reo?... No os comprendo.

MADAMA DOUCET.

¿Qué ha sucedido en esta casa? Estaba yo (*Sale.*) rezando arriba, cuando un espantoso ruido me ha llenado de susto; y á pesar de mis años, he bajado la escalera con toda precipitacion. ¿Qué es lo que pasa? Esplicaos.

BERTIER.

Pues, señores, lo único que podemos referir es lo que nosotros mismos hemos presenciado. El infeliz que deben ajusticiar hoy pudo escaparse de la terrible carreta que le conducia al suplicio.

MADAMA DOUCET.

Escaparse?

FRANCISQUIN.

Como?

BERTIER.

El como lo ignoramos. Solo sabemos que al salir nosotros á esta sala, á causa del ruido que en ella se oia, hemos encontrado al pobre reo rogando á Migue-

lon que le salvase, pero en vano; pues acudió en un instante la gendarmería y una inmensidad de gente, se han apoderado de él, y se lo han llevado.

MADAMA DOUCET.

Infeliz! ¡De esta suerte toda su astucia le ha salido infructuosa!

FRANCISQUIN.

Su muerte se habrá retardado muy pocos momentos.

BERTIER.

Sin duda..... Mas ¿qué es esto? ¡Que tumulto! que estruendo!

(Se oyè un ruido general en la plaza: los criados por un movimiento repentino abren el balcon.)

FRANCISQUIN.

¿Qué vais á hacer?

TODOS.

Veamos que sucede.

(Al abrirse el balcon se verá enfrente el cadalso con la cuchilla caida. Miguelon á un lado con la cabeza de Julian, que tendrá agarrada por los cabellos. El patíbulo estará rodeado de gendarmes á caballo, y se verá pueblo en la plaza. Movimiento de horror en la escena.)

TODOS.

Cielos!

MADAMA DOUCET.

Ya murió!

(Madama Doucet se deja caer sobre una silla; los criados retroceden asombrados; la novia de Francisquin huye adentro sobresaltada; su padre se va tras ella; Francisquin, que tendrá casualmente un pañuelo en la mano, las lleva entrambas al rostro y se cubre los ojos.)

BERTIER.

Qué veo! Miguelon!

JOSÉ.

¡Miguelon el verdugo!

FRANCISQUIN.

Cerrad! cerrad por Dios! terrible catástrofe! oh lastimoso escarmiento! A que espantoso cúmulo de desastres no conducen al hombre la ociosidad y los vicios! cuan rápidamente se suben los escalones del cadalso! cuan inmediatos están unos á otros los grados del crímen! y finalmente, cuan cierto es *que quien mal anda mal acaba*!

(Durante la moraleja, los criados habrán vuelto

á cerrar el balcon ; madama Doucet se habrá levantado anegada en llanto ; Francisquin sin cesar de hablar se encamina á ella , abrázanse los dos , y cae el telon.)

FIN.

3 0112 115875079